

PUNTO DE PARTIDA

Año III, Núm. 15

Mayo-Junio de 1969

Revista bimestral

Dirección: Margo Glantz

Jefe de Redacción: Rebeca Lozada

Dirección General de Difusión Cultural.

Correspondencia, colaboraciones, suscripciones y canje: Difusión Cultural 10º Piso, Torre de la Rectoría, UNAM. México, D. F., precio del ejemplar en la República Mexicana: \$ 3.00, moneda nacional. Suscripciones por seis números en la República Mexicana: \$ 15.00, moneda nacional. Números atrasados: \$ 5.00 moneda nacional.

Las colaboraciones deben entregarse escritas a máquina a doble espacio y con una copia, en las oficinas de Difusión Cultural, Rectoría 10º Piso, de lunes a viernes de 10 a 24 hs. La maestra Margo Glantz recibe los lunes y viernes de 10 a 12 horas.



Resultado del Segundo Concurso <i>Punto de Partida</i>	2
Número de trabajos presentados y Jurados del Primero y Segundo Concurso.	3
Acta con los resultados en la rama de Poesía.	4
Prólogo de Margo Glantz.	5
POESÍA	
<i>Poemas</i>	Jaime Goded Andreu 6
<i>Humedades</i>	Víctor Manuel Toledo 12
<i>Día de muertos</i>	Arturo Jiménez González 16
<i>Poemas</i>	Javier Audirac Rodríguez 19
<i>Contra la muerte</i>	Salvador Barros 22
<i>Elegía por la muerte de un hombre</i>	Antonio Delgado 23
<i>Flor de sol a sol</i>	Agustín Monsreal 32
<i>Poemas</i>	Xorge del Campo 44
<i>J.S.H. Krishna</i>	Xavier Robles 51
<i>Poemas</i>	David Huerta 52
<i>Poemas</i>	Héctor Olea Galaviz 62

Portada: Miguel Ángel Carbajal
Viñetas: Jaime Goded

Resultado del II concurso de *Punto de Partida*

Poesía

- 1er. premio Jaime Goded Andreu, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
2º premio Víctor Manuel Toledo Manzur, Facultad de Ciencias.
3er. premio Arturo Jiménez González, Facultad de Filosofía y Letras.
- Mención Antonio Delgado, Escuela Nacional Preparatoria, plantel Justo Sierra.
Agustín Monsreal, Escuela de Arte Dramático (INBA).
David Huerta, Facultad de Filosofía y Letras.
Javier Audirac Rodríguez, Escuela Nacional Preparatoria, plantel J. Vasconcelos.
Xavier Robles, Facultad de Filosofía y Letras.
Salvador Barros H., Facultad de Derecho.
Héctor Raúl Olea Galaviz, Escuela Nacional de Arquitectura.
Xorge del Campo, Facultad de Filosofía y Letras.

Ensayo

- 1er. premio Juan Manuel Molina, Facultad de Filosofía y Letras.
2º premio Francisco Beverido Duhalt, Universidad Veracruzana.
3er. premio Lucinda Nava Alegría, Facultad de Filosofía y Letras.

Viñeta

- 1er. premio Jaime Goded Andreu, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
2º premio Henry David Brimmer, Centro Universitario de Estudios Cinematográficos.
3er. premio Miguel Ángel Carvajal R., Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
- Mención Silvia González Marín, Facultad de Filosofía y Letras.

Varia Invención

- 1er. premio Manuel Radilla Ludwig, Facultad de Filosofía y Letras.
2º premio Mario Alberto Caro Meléndez, Facultad de Derecho.
3er. premio Mercedes Garzón Bates, Facultad de Filosofía y Letras.
- Mención Agustín Monsreal, Escuela de Arte Dramático (INBA).
Víctor Manuel Toledo Manzur, Facultad de Ciencias.

Cuento

- 1er. premio José Antonio Aguilar, Facultad de Comercio y Administración.
2º premio Xavier Robles, Facultad de Filosofía y Letras.
3er. premio José Joaquín Blanco, Escuela Nacional Preparatoria, plantel G. Barreda.
- Mención Antonio Delgado, Escuela Nacional Preparatoria, plantel Justo Sierra.
Guillermo Claudio Durand Dávalos, Escuela Nacional de Música.
Juan Enrique Atonal F., Facultad de Filosofía y Letras.

Cd. Universitaria, 28 de abril de 1969

NÚMERO DE TRABAJOS PRESENTADOS AL
II CONCURSO

CUENTO	78	TRABAJOS
POESÍA	83	"
VARIA INVENCION	33	"
ENSAYO	10	"
VIÑETA	28	"
TOTAL	232	"

JURADOS DEL PRIMER CONCURSO

CUENTO

Julieta Campos
Carlos Monsiváis
Emmanuel Carballo

ENSAYO

María del Carmen Millán
Gastón García Cantú
Alberto Dallal

POESÍA

Rosario Castellanos
Luis Rius
Gabriel Zaid

VARIA INVENCION

Margo Glantz
Salvador Elizondo
Sergio Fernández

VIÑETA

Vicente Rojo
Manuel Felguérez
Juan Soriano

JURADOS DEL SEGUNDO CONCURSO

CUENTO

Amparo Dávila
Juan de la Cabada
Eduardo Lizalde

ENSAYO

Juan García Ponce
Jorge Ayala Blanco
Antonio Alatorre

POESÍA

Juan Bañuelos
José Carlos Becerra
Thelma Nava

VARIA INVENCION

Marco Antonio Montes de
Oca
Fernando del Paso
Esther Seligson

VIÑETA

Abel Quezada
José Luis Cuevas

En la ciudad de México, Distrito Federal, siendo el día 27 de marzo de mil novecientos sesenta y nueve, en la casa situada en Lope de Vega quinientos diez, departamento cinco, se reunieron Thelma Nava, Juan Bañuelos y José Carlos Becerra, integrantes del jurado del segundo concurso de poesía de la revista PUNTO DE PARTIDA de la UNAM.

Después de haber leído los ochenta y siete textos presentados, el Jurado acordó por unanimidad conceder:

EL PRIMER LUGAR, al trabajo POESÍAS, amparado con el seudónimo de PEZ.

EL SEGUNDO LUGAR, se le otorgó al poema HUMEDADES, firmado con el seudónimo de ROOTZIB.

EL TERCER LUGAR fue concedido al conjunto de poemas DÍA DE MUERTOS, bajo el seudónimo YUMIL CAAN.

Una vez decididos los tres primeros lugares, el jurado consideró que por el alto nivel de los trabajos presentados, deberían otorgárseles menciones especiales a los siguientes poemas:

ELEGÍA POR LA MUERTE DE UN HOMBRE	de José Destino
FLOR DE SOL A SOL	de Aurelio Mavira
POEMAS	de Francisco Telémaco
POEMAS	de Gueu
POEMA J. S. A. KRISHNA	de Piscis I
al poema firmado por	Micrós
CONTRA LA MUERTE	de Gervasio Montenegro
y al poema firmado por	Cacharro



El jurado considera necesario exponer el criterio que normó sus decisiones y

DECLARA:

Que es satisfactorio haber encontrado una alta calidad en la mayor parte de los trabajos presentados, predominando en la mayoría de ellos una nueva actitud ante la realidad y ante el lenguaje. Esto creemos que es necesario señalarlo porque abre nuevos caminos en la poesía joven de México.

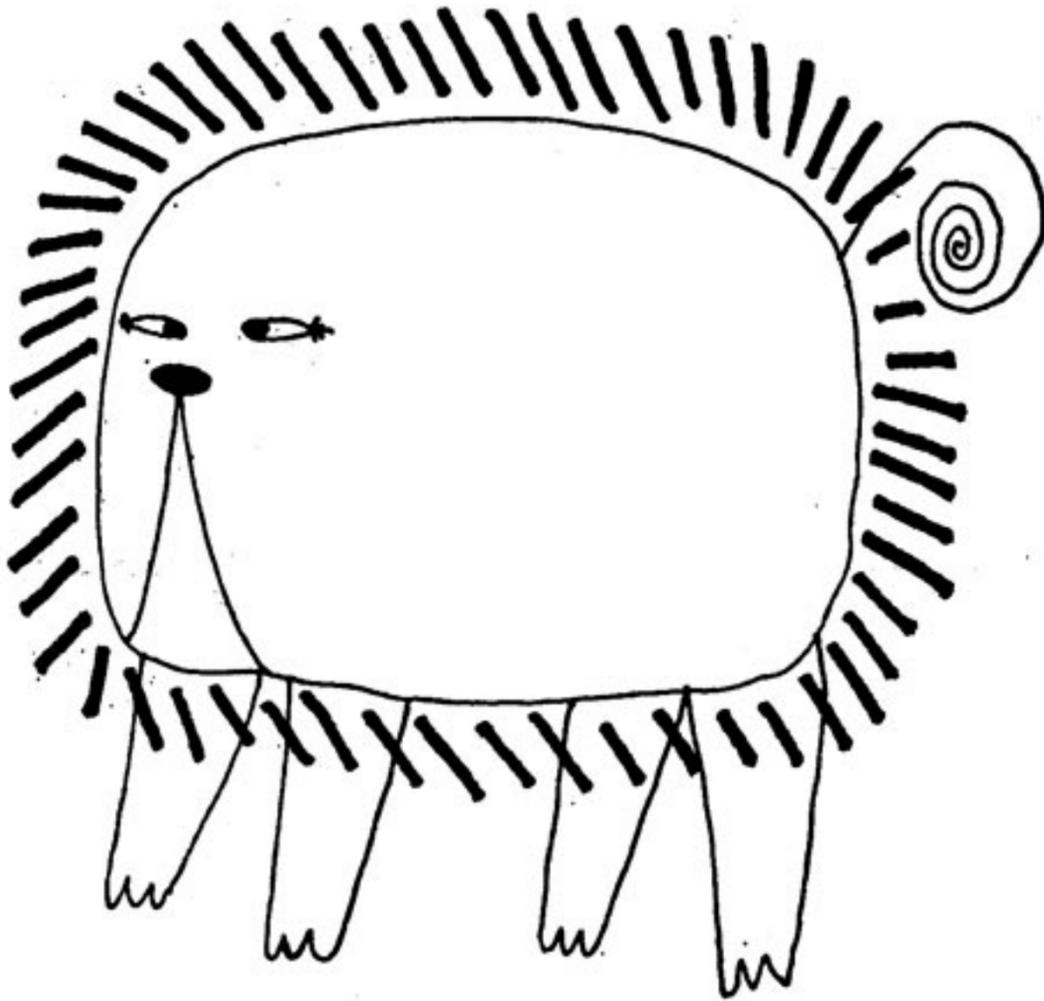
Ni los temas políticos ni los amorosos recurrieron a retóricas y perspectivas literarias usuales en nuestro país, sino que correspondiendo a los contextos que hoy prevalecen en la realidad del mundo y en especial la de México, estos poetas traen un saludable escándalo al idioma por su frescura, por su ímpetu y por su voluntad de estilo.

Por todo lo anterior el jurado sugiere la publicación de un volumen antológico de los trabajos mencionados en la presente acta.

THELMA NAVA

JUAN BAÑUELOS

JOSÉ CARLOS BECERRA



Punto de Partida

agradece a Juan Bañuelos, a José Carlos Becerra y a Thelma Nava su generosa actuación como jurados de este Segundo Concurso.

Este número se dedica a los poemas premiados en el Segundo Concurso de *Punto de Partida*. Sus autores —casi todos— son participantes del Taller Literario que nuestra revista inició el año pasado. Sus autores —casi todos— ya han colaborado en nuestras páginas. Sus autores demuestran, en fin, que ya se han decidido a seguir una vocación.

Este concurso parece haber mostrado que existe una mayor madurez en los jóvenes que se dedican a escribir poesía, que la poesía se convierte para ellos en la expresión más acabada de sus preocupaciones y sus dudas, en la expresión formal de su estar en este mundo, en su definición cabal como jóvenes. Todos tienen un idioma personal (por donde pasa el recuerdo de sus lecturas), cada uno expresa con tonos distintos sus combates, cada uno elige relaciones distintas con las cosas. Goded se indigna y se llena la boca de insultos y habla directamente con los hombres y la cárcel, Víctor Manuel Toledo ya utiliza símbolos poéticos más depurados con seguridad a veces asombrosa, en tanto que Arturo Jiménez prefiere la visión cosmogónica en la que resuena un eco prehispánico.

Sin embargo el número presenta una curiosa unidad: cualquiera que sea el tono, sin importar la sencillez o la complicación de las metáforas, el odio o la ternura, lo social y lo íntimo, la poesía aquí compilada revela una misma indignación ante este tiempo, una necesidad de ir más allá de los límites de la individualidad para enriquecerse con la experiencia de una generación nueva que siente la urgencia de remozar los significados de este mundo.

Margo Glantz



Poemas



Jaime Goded Andreu / Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Por la obligada confusión del orden es un error
confiar en las palabras, sólo en las palabras
como martillos infalibles. Es un error
afirmar el futuro con proclamas regulares,
creer que todo será como se debe,
deseando apenas y diciendo los deberes;
lo que sin duda viene
en largos sueños.

Es un error, un arma eterna del árbol en descanso,
pensar que las cosas se hacen sin hacerlas,
convencer confianzas probables
de iniciados.

Muchos abuelos conformes de hoy en su inmundicia
hablaron y soñaron también algún minuto
con los cambios necesarios:

Señores que se cuelgan de corbatas
o manchan de sangre su camisa blanca,
o empañan cristales con eructos
y recuerdan anhelos, frustraciones y
de luchas en papel por la justicia;
y recuerdan anhelos, frustraciones y
mueren de recuerdos por mitades.

Podemos construir con dichos bellos
el error repetido en este tiempo:
estamos a punto de entregarnos
y aceptar la culpabilidad que implican
ciertos sueños de mañana.

Podemos todavía morir por nada
si no llevamos las palabras a las manos
que aprieten el gatillo
y no engorden de promesas
y suspiros.

Desollada atmósfera se inicia para un ayer el abandono
y acaban inmundas brisas descargadas por el cielo
en esta llanura que dibuja inventos merecidos
y desconoce nuevos inviernos porquería
de los que se vencen ante unas rectas rejas verdes y presumen
su alta herencia, humanista borrachera,
y son hermanos, padres castrados y madres violadas,
redondas orillas de una historia mentira,
asalto repugnante por unos papelillos diploma de cerdo conforme,
católico y decente
y mentiras jamás creídas, profundas cenas anunciadas,
esperan el perdón del asesino
y se arrepienten, maricones, de haber guardado rojos instantes
de dignidad
y lamentan haber sido hombres
de momento
y cantan, puñeteros, a la educación
de sus mayores.

Vivas se encienden a la virgencita puta
que también es extranjera
y sed de asco la limpieza
gozosos campanarios, renunciados restos
a la juventud,
y rechazan para siempre, desnudos y enlodados,
la aventura
y la belleza.

Todo esto veo en una vida y tres tiempos de jacal,
difícil impedimento abandonado al sol, su cuate;
rostros vigorosos de careta y monos colgados de las rejas
arengando a los jueces e increpando
a los que serán después sus padres,
inteligentes políticos perdonan
el haber querido ser algo en su mar de mierda eterno.
Aquí quedaron los dioses de piedra, calendario libertario

que no desean, alma de puercos.
Al carajo con su patria histórica, de progreso
y gloria en la diarrea
a los esclavos cobardes
adoradores de sus dueños.
Aquí quedaron, muy buenos de rodillas y palabras,
los muertos olvidados
y un solo camino, el de la patria gorda y soldadera
les espera
y lo desean.

No podemos enterrar las manos limpias todavía:
somos responsables, no se olvide,
del espejo y luz que respetamos;
la derrota no ha sembrado nuestra casa
y sin riesgos una retirada se adelanta.
Porque tienes raíz de locura,
debes apresurar frentes sinceras
al siniestro pasatiempo
de estos días.
Porque aún se quiere continuar sendas saladas,
intachable disciplina mercenaria,
risa lasciva y empresario;
porque es un destruir herencias que se puede,
porque así nos vemos en tristeza,
hay que cortar por siempre
las manos en el aire.

He vuelto de cabeza algunas ocasiones,
entre mis dedos el bastón y los anillos,
intento descifrar el resto de la noche
palmo a palmo una mañana.
Encuentro que gotean mis pasos silenciosos,
que terminan los combates
y no me miro diferente pese a todo:
aquí la identidad discurre en las montañas
y las voces se previenen contra el coro;
no me siento nada entre los nadie.
Vendo a plazos la seriedad y la sonrisa,
compro mi lugar no respetado;
somos todavía dando y dando,
materia prima del escarnio, cuerpo de bolsillo
en el mercado.

Hay cautela en la infinita extensión de nuestra fuerza,
cuando saltan las burbujas invisibles
rompiendo sacos salvajes de penurias ofrecidas
y una lluvia constante precisa mis funciones
por el suelo.

Hay pliegues en la ropa y la calvicie silenciosa,
como el encuentro a media noche se prohíbe,
como revientan mis sencillas lanzaderas
al salvar sucias las manos
con vileza.

Decisivo el tejido se arropa las piernas
y abre puertas al espanto;
subraya con semillas el paso de la muerte

para terminar veloz y azul la vista
de mis locuras leves.

Allá se miran la palma entre sus manos
y el aplauso;
ritos de un espejo delicado que se empaña,
distancia cotidiana
que separa.

Distintos sueños restablecen la confianza
en el suicidio secundario de una esfera:
nuestra calma extinta se termina.

Hoy la mierda está de fiesta,
hoy todo parece ahora.

Hoy se cumplen horas
entre gris, pasillo y cigarros;
el humo levanta y desconoce
mi tristeza.

Lento suceder entre tazas vacías repentinas,
cuando el preso enmudece
y no sabe
del negro tiempo preciso
para llenar otra taza.

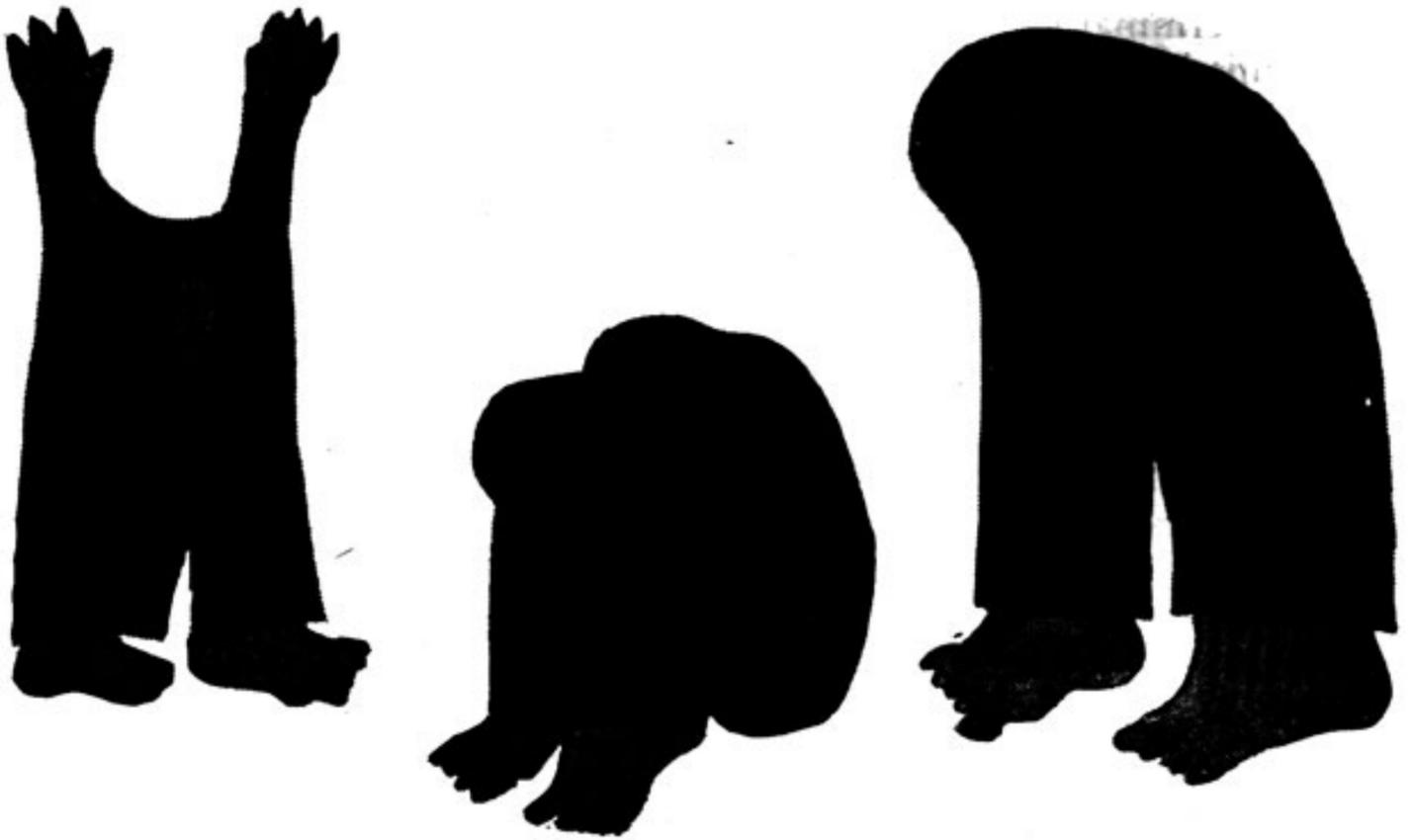
Cuánto siento no poder decir
los ruidos de la calle,
un avión en el cielo tieso
y la congoja de mi celda.

La cárcel huevo me vigila
y alimenta
para que yo, triste sonido,
escriba.

Fuera están los policías
que nos cuidan,
tan presos
como todos nosotros,
con nosotros.

Muchas veces, en la curva ausente de la noche,
olvido el veloz silencio antiguo
y alargo un brazo limosnero
y te muestro mis líneas y mis venas
y siento
y me doy cuenta
que estoy solo
aquí dentro,
en el huevo,
como un muerto.

A la mesa circular del asesino
responden luces como disparos en el cine oscuro;
blancas paredes como estrellas
cuando el celador cierra por fuera
la enorme puerta verde



con cuidado, tan pequeña.
y la luz se apaga como vino.

Compraron el limpio silencio,
siempre conforme y necesario,
para conservar el relato mentiroso
de un solo sueño nulo
en el recuerdo, cicatriz secreta
de algún negocio.

Insuperable certeza de infortunio
se aproxima
y no comprendo el dibujo de la piel
en el cadáver sucio, mapa redondo
con grandes letras
donde descansa y respira la risa oculta
del cobarde.

Sonríe consciente
aquel trapo que cubre el ánimo funesto
del desprecio;
pretexto al juego de mi situación extrema
en el abismo.

Ahora
los nuevos inermes disfrazados
cosechan pacientes

la paciencia
y el egoísmo
en el asombro.

Del globo se recibe la coincidencia natural
por homenaje,
susurro que responde, sucio y vacilante,
a un cínico reproche de fastidio;
y del fragmento simple asusta
la dignidad: análoga postura
ante el cansancio.

Cuando quizás no haya ocurrido nada.
Me muevo todavía con mi sombra
respirando olor a ratas
y guardo para siempre el odio y la fuerza suficientes
para morir matando.

Encogido y maduro, el muerto inútil calla.
Sus palabras bailarinas ocultan el dicho
bajo un pequeño espacio, rutina indispensable
para éste que apenas hoy se muere.

Yo me miro y también callo.
Como un preso me paseo,
en círculos,
como un preso.

Humedades

Víctor Manuel Toledo / Facultad de Ciencias



I

*Canto por agua
por toda mi potencia de león
perdida en la ternura de tus ojos
por mis ramas vencidas en tu cuerpo
que asume la forma de los árboles
por lo escarlata de tus caracoles
las blancas montañas de tus águilas
y el bosque azul de tus cerezos*

*Canto por agua
por esta inmensidad de cereales
esta dimensión de hueco
y este grito de danza
por la navegación
y el plenilunio de la noche de coágulos
canteras de existencia
en el nombre del pacto
y de la herrumbre*

II

Vertido

*Sobre el éter
Supe de esta relajación totalitaria
Inaudito paseo*

*Por el silencio
Y por el arpa*

*Agua y oleaje
De la luz incolora
Y de los símbolos*

III

*Cóncavo Limón Inmensidad
Sábana sin límite
Imán inmóvil
Organismo continuo
Mar ahogado
En el silencio del silencio*

IV

*Ahora y por ahora
porque todo es ilusión de trineos
muro y desgaste
 evaporo
triste esperar
el parto de las uvas*

V

*Toda eres llovizna
y bosque de avenidas
más allá de tu piel
la libertad es excitante
asumes tus doctrinas
en el astro central
y toda entera
 el viento te castiga
Yo persigo tu luz
 que es el abismo
y es el borde
atestiguo tus ansias
muerdo tu ausencia
 y son las nueces*

VI

*Eres tú
y en el mar seco cimbran mis espejos
fuera de la ciudad
 desarmo tu sonrisa
doy la bienvenida
 a tu cuerpo cristal
arranco con mis manos
 la lluvia que te corresponde
prendo fuego a tus casas
Sobre un diván dejo tus flores*

VII

*Abres en alcatraz
 tu rostro
amaneces en el azul del vidrio
 que graba tu nostalgia
toda quebrada y hecha gruta
 vuelves hoguera
el tanque boquiabierto
 de la luz
mientras el día reconquistado por la luna
 hincha venas
 de caderas y peces*

VIII

*Desde el incendio de caballos
 abre la tierra
 siembra un árbol
transfigura las piedras
 Espérame*



IX

Clavicémbalo

*detén este sonido de sombreros blancos
esta continuidad de luces
cuyo final nunca veremos
este destrozar los amuletos
los objetos sagrados*

Clavicímbalo

*convierte en caso este orden
que no queden de pie
los suspiros metálicos
que ya no se distinga esta oración de asbesto
que se pierda el ritmo en que entonamos
estas agrias canciones*

EPILOGO

*Ya no es posible hablar
de tu vientre de rosa
ni de la flecha que cuaja
sobre los vertisoles
ni de-l-a-mar
ni de auditorios desbordados
Se ha quebrado mi canto
en la pobreza de tus nueces*

Día de muertos



Arturo Jiménez / Facultad de Filosofía y Letras

1

Oro canicular.
Girasoles de niño bajo las arqueras.
En el aire se calientan guiños de plomo sobre las
crujías del polvo.
La calavera del agua pinta en las flores sus
lentas mancebías
y en el sueño de los olvidados,
pasan los perros en gárgaras de azufre sobre sus
rectos difuntos.
En los ojos,
clama el pabito en su descenso,
mientras Tenoch fragua sueños y serpientes en un ramo
sañudo y colorido.
Oro canicular,
el cosmos se quiebra en los solares en un fastidio de
sexos y de lutos,
y los muertos cazan soles de agramante bajo redes
de polvo.
Bajo redes de polvo caen soles de agramante al corazón
de los muertos.

2

Poroso
en punta seca
clava el silencio el corazón del muerto;
sus palabras, son edades de elementos,
su boca el sístole de las cerraduras.
Abajo, cuando cae la noche
los espíritus tablean el descenso;
diástole de polvo y argamasa,
en la tierra se rompe un culebrón de parábolas.

3

En el sudor abierto
 tierra adentro
 soplan eriales de muerte los difuntos.
 De pronto, mientras se pudren los asesinados,
 pasan los mendigos sobre los hechiceros masticando soles,
 y en las cercanías del infierno se rompe la boca del Tecutli
 sobre las piedras de Tenochtitlan.
 Tierra adentro
 bajo la sangre del cordero,
 los muertos relinchan tajaduras de plomo.

4

Vaguedad,
 conchas vacías, ostras secas,
 los frutos caen de un árbol cansado del otoño.
 Los ojos son fértiles abismos de mansedumbre.
 Sigilos mudos gravitan en la sangre sobre lentos fastidios.
 Un tormento de sueño y de reposo
 en que los cuerpos hundan su agonía en el agujero de los
 descarnados.
 Pero cómo en descensos me descubro?
 No,
 caído donde orinan los gatos
 es un delirio,
 un fantaseo de orígenes,
 lodos verdes donde se balan los acentos bajo un sopor
 de músculos caídos
 donde el descenso me clava su prodigio,
 su calurosa arteria de silfo, de fauno y de sileno.
 Gota a gota la sangre suda sueño
 y caigo
 peso lo que otoño en la palmera,
 duermo,
 sueño,
 sueño
 sueño;
 vivo
 muerto,
 no sé
 estoy dormido
 y cuando me despierto tiene el hacha el duelo de mi herida
 y sobre el polvo mi corazón se hunde bajo el agudo diente
 del arado.
 En el año diez mil, se pudre mi esqueleto
 y yo me río.



El Taller Literario de Poesía ha continuado este año bajo la dirección de Juan Bañuelos.



Poemas

Javier Audirac / Escuela Nacional Preparatoria (Plantel José Vasconcelos)

1

El pájaro de bronce sacude sus detenidas alas
en la simiente del labrador
buscando el espejo de su existencia,
palabra de viento, un solo contorno.
Un hueco de bosque sus ojos llameantes
de demencia perpetua;
y el ave buscando su imagen apresada
en la reflexión, en la imagen misma.
Su pico, el extracto de color,
el suspiro de la noche fastidiada.
Plumas dóciles al tacto de la mirada
escondida.
Piedra de llanto, sus patas arrugadas
haciendo un nudo de estancia.
Ave de multiplicada circunstancia,
Agónica de dolor,
estanciada en el reposo,
sustancia vítrea.
Hic, hic, hic
murió el ave ahí.

2

El abismo es un perro negro
y su alma una nube de algodón;
sus ojos son las luces apagadas.
En su cara enorme y negra se ve
un ancho círculo
angostándose hacia lo último.
Su lengua lacia y grande es una
serpiente con ojos de mujer.
Y en sus patas está escrito el infierno;
si voltea es una luciérnaga eterna.
si se duerme, es "todo".

3

Llueve en un mar de silencio
bajo la noche.
Todo está quieto bajo
la sombra de la oscuridad.
La muerte se ha consumido
como la brasa de un cigarro.

La calumnia hierve
en un trasto viejo
llamado exilio.

4

El tiempo me seguía como
un perro rabioso sin saber
dónde escuchar su ladrido;
yo seguía caminando sin voltear
y él más cerca, ladraba inmensidades
como el vómito de un borracho;
era el relato del miedo
la única esquina de la calle.
Mi mente era una red de yeso.

Y no podía verlo
cuando aumentaba su presencia.

5

Y no encontrarás paz y la paz te perderá
por los caminos hambrientos de la desesperación,
y volverás al círculo extendido de la historia
concebida por el graznido de los cuervos
y tu cuerpo será otra vez el último testigo
de la eterna armonía en la que se derrama el infinito
y tú retornarás al abismo de las penas recorriendo
los infiernos de las circunstancias
y alguien te verá y te dirá: detente,
no hay más adelante que el de tu ahora,
tú correrás gritando la historia anudada a tu cuello,
y será el fin dispuesto en ti.
Han empezado a marcharse las horas y el clima
se envejece en su tos crónica;
existe una raya tachada en un papel,
memoria de la vida.
Las nubes se ennoblecen como gotas embarazadas.
Están tiradas ahí sobre su único perfil,
enmudecidas, tías, quietas . . . ,
extendiendo sus cuerpos planos y arrugados,
desvelándose y mordiendo frío,
con las manos extendidas, casi suplicando su elemento.
En sus manos se ve la savia calcinada por el olvido.
Están quietas viendo el paso del tiempo,
con los ojos de su muerte.
Diminutas extensiones de materia que han caído
antes de que pasara el viento,
estornudándolas lejos de sus lugares,

20

haciéndolas extranjeras en el invierno.
Sólo una superficie, un llamamiento al recinto.
Ahí mudas, convertidas, las hojas envejecen día a día.
sin medir distancia, murmurando.
Sólo ellas: verdes en su derrame,
caídas en la tornación, ven con ojos unicelulares
al frío, pasando por los árboles rapados.
Ahí derretidas, informes primitivas,
quietas, sonámbulas, viejas, ahijadas
en la nocturnalidad que se adviene:
el tiempo muerde señalando los caminos cansados.
Una sonata de humo arrulla a la tarde que abre su ventana
a la noche, mientras un hilo de agua se derrama por una pared.





Contra la muerte

Salvador Barros / Facultad de Derecho

En la plaza del pueblo,
tomados de la mano,
escucharon temblando a los profetas:

*Se cierne una época terrible.
Nuevas tumbas agobiarán la tierra.
Podéis esperar hambre, temblores, pestilencia
y el eclipse de los cuerpos celestes.*

Por la calle mayor salen al campo

entran en la arboleda.

Él, suavemente,

comienza a desnudarla.

mención

Elegía por la muerte de un hombre

Antonio Delgado / Escuela Nacional Preparatoria (Plantel Justo Sierra)

*Yo nací aquí.
El día que el sol giró redondo
por las calles
como una moneda
y en la taberna sucia
un blues arqueaba el lomo.*

*Acaso volaban algunos pájaros viejos,
flacos;
acaso una mujer se golpeaba el pecho
amargamente.*

*En otro país mi padre habría tocado
los tambores o el arpa
o la guitarra.
Acaso flores rojas sobre mis manos
me pondrían.
Pero nací con sol
y llanto
y nombre
en esta áspera tierra ensimismada.*

*Ahora bien,
hermano,
yo también canto y bailo y sudo
y llevo las manos limpias
y el corazón ligero.*

*Aire de otras ciudades puras
me recorre
siempre,
pero ni tú ni yo sabremos
en qué sitio
distante
fueron contenidas las lágrimas
en el roto vaso de la muerte.*

*Nací
con sol y llanto
y nombre.*

*Nadie me detendrá cuando golpee
con furia
el ganglio canceroso de la tierra.*

*Yo te dijera ahora de mi casa,
del miedo agarrotado y duro de mi casa.
De mi nombre te dijera algo
para que tú contaras
su zumbido.*

*Desolador anduve de todas las estrellas
y cantante;
y almácigos de luz por estas calles
de mi ciudad
del norte,
vi.*

*Luego las bombas y las balas,
el ulular sangrante emplomecido.*

*Abre la puerta de tus manos, hombre del sur,
que en el Vietcong los días
se abren en flor*

y yo te amo.

*Hay un hueco,
una palabra seca entre las manos.*

*—Qué difícil el tiempo sin verte caminar
por estas calles,
flácido y triste con tu tos,
con tu manera vieja de estar llorándote despacio.*

*En el morral guardamos tu plato y tu cuchara,
tu sombrero.*

*Pero resulta duro, de veras,
guardar tantas cosas para siempre.*

*Ahora, por ejemplo, a tres días apenas de tu muerte,
una llovizna tierna cae
y nos duele,
porque el arado tuyo ya no partirá la tierra
como entonces.*

*Dan ganas de llorar,
de pegarle una patada a la tristeza en pleno hocico.*

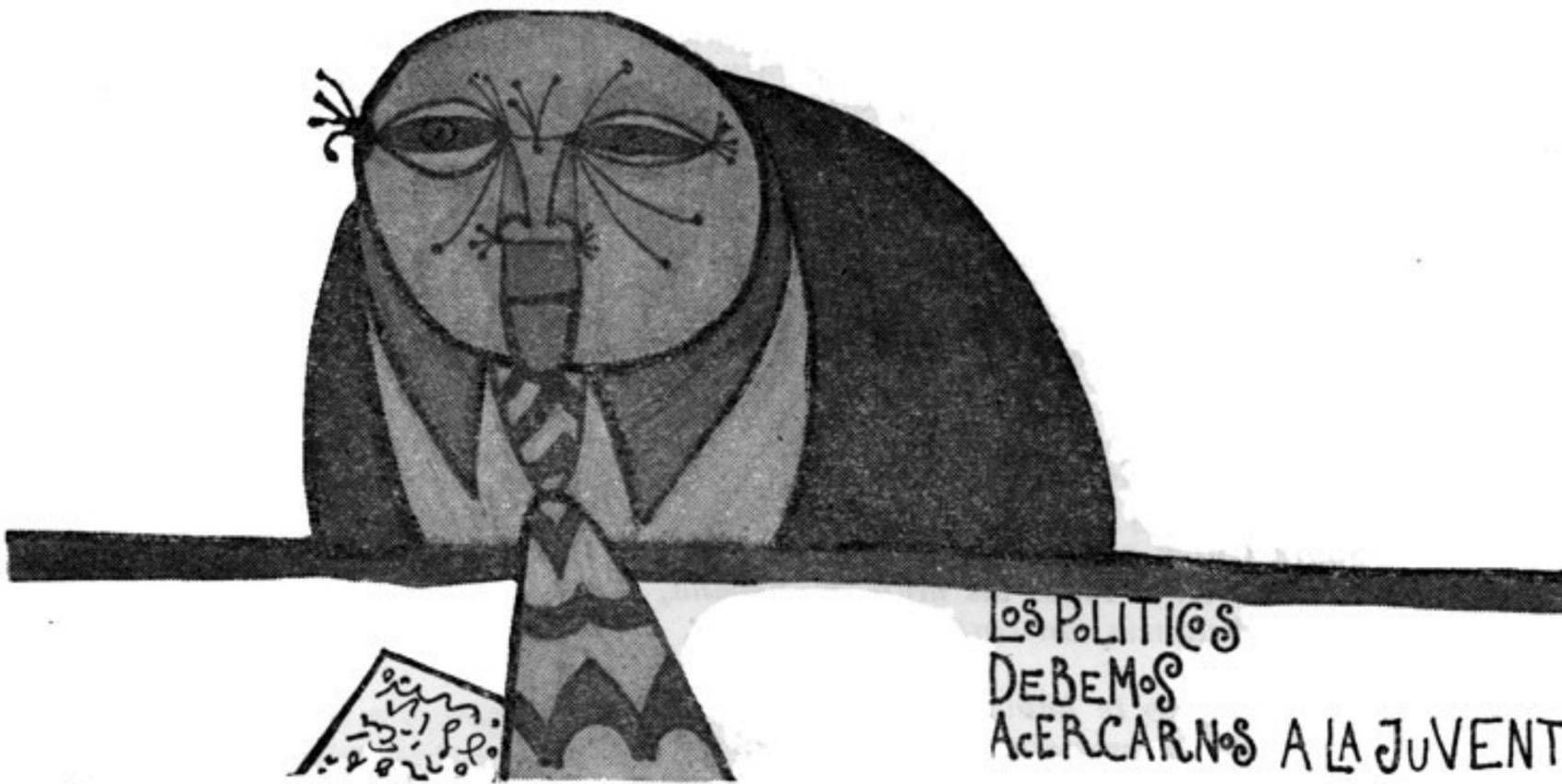
*Tú sabes, uno dice las cosas
y se queda parado a la intemperie, pensando,
pensando.*

*Te hablo desde aquí, desde
mis manos rotas.*

*No te den lástima los que hemos aprena
a cantar
y ahora callamos.*

*No te den lástima
los que ya no tocaremos más
una guitarra.*

*Me cortaron las manos
y eso es todo.*



LOS POLÍTICOS
DEBEMOS
ACERCARNOS A LA JUVENTUD

*Mi nombre tú lo sabes: Atahualpa.
Cresco bajo la tierra.*

*Alguna vez el aire
se tragará
las flechas de mis dedos,
de mis pequeños días llorantes.
Y con lejía pura,
con orina,
me lavaré el muñón de cada brazo.*

*No, no estoy muerto;
aún siento latir el fósforo en mi pecho.
Y cómo se agitan mis cabellos:
como el trigo que aprendí
desde la mesa.*

*No estoy muerto, hermano,
no del todo.*

*Siento latir también en mí la tierra
con sus raíces,
con sus arteriales minas de cobre
y de tristeza.*

*Pero hay hombres que todavía se llenan
de carbón
y de barro los pulmones;
hay hombres,
hombres que se cuecen las manos
en el hierro latino
y sudan
y tosen
para tener derecho a partir el pan
una mañana.*

*No con tu punzón de lágrimas los talles.
Canta mejor lo que te sepas;
porque es más triste, siempre, no cantar.*

No tener una bandera vieja,
desgarrada como una camisa de minero,
para salir a la calle transparentes,
un domingo cualquiera,
y plantarla
con amor
en una esquina.

Te hablo desde aquí,
desde aquí.

En Soledad, Colombia;
en Nicaragua.
Sobre Cuba, a las doce del día,
voy a decir a todas las mujeres, España,
a que distancia tan corta te me mueres.

(Sí, yo te hablaría también de alguna rosa,
de la primera, la más pequeña,
para limpiarte el barro
que te escurre
de los ojos.)

Pero niña, no quisiera decirte una mentira:
tienes cáncer; tienes cáncer, España.

Te lo sembraron en el nombre de dios,
en el siglo
más amplio del suicidio.

Te condenaron a morir oliendo a virgen
y te llagaron
y te quebraron.

Tu pequeño general te puso al cuello
un cartelón de muda
y pordiosera.

Hubo huecos de espanto sobre el aire,
sarna de Jesucristo
para el pulmón del hombre sorprendido.

Pero nadie te dijo, niña, niña, niña,
queapestabas a muerte
desde entonces.

Soy el hermanito más pequeño,
la casa aquella de tus manos.
Escurrido, universalmente solo fui cayendo.
Destemplado a rajatabla
y plegadizo
y solo otra vez como la oscura gota
amanecí un domingo.

Me prendieron la cabeza y ardí,
ardí alegremente.

Y hete aquí que de pronto
sólo flores de muerte me crecieron.

Una larga mañana amanecí colgado,
campaneando mi nombre y mi pañuelo.
Me encalaron la lengua,

*lepra de dios en cada hueso me untaron
y me dejaron costras
de canciones viejas.*

*Pero todavía en mis zapatos
ramos de pájaros cantaron.*

*Hoy,
a tres días apenas
de la palabra aquella
que dijeron,
voy a decir el nombre de mi llaga.
Porque también nosotros cantamos
y guerrilleros de agua
despertamos al yanqui de su sueño*

*Me pisotearon,
me rompieron el cascarón
y se declararon hermanos y hermanos
hasta siempre.*

*Que nadie diga, pues,
que ese fusil que apunta es una rosa.
Es el germen patógeno del miedo,
es el ácido vaho de los perros,
de los catequistas de la bomba y del espanto.*

*Padre,
soy tu hijo menor,
soy a veces también esa paloma
que te llega de golpe a la tristeza.
Soy la tierra
y la piedra
y el cansancio.
Y algunos días, por qué no,
soy la amiba de Cristo cercenada.*

*He muerto en México,
sobre la altiplanicie roja desde el alba.
Los rangers me clavaron balas en Cananea
y en Tacubaya
me tallaron los huesos
hasta el ámbar.*

*Pero sigo de pie,
pero sigo cantando y cantando
para todos,
esta nueva canción que me enseñaron.*

MÉXICO ES UN PAÍS . . .

*México es un país a mitad de la historia,
un saltarín de oficio
y de uniforme.*

*Algunas veces crece de norte a sur;
otras,
un cinturón volcánico lo ciñe.*



*Pero esto que digo pasa pronto,
pasa ligero.
Cuando más, una flor hermosa lo detiene.*

*Alguien dijo que cantar era primero,
que llegamos de un sitio transparente y puro,
de siglo en siglo,
para crecer piramidales, siempre.*

*Y de niebla,
de obsidiana nos volvimos todos
para que nadie más pudiera contenernos.*

*—Vino la luna entonces.
Y una prisa de plumas,
(y otra de pedernal, acaso)
nos llagó para siempre la mirada.*

*A través de qué mares, los caballos,
los fusiles todos aparecieron
altos
de improviso.
A través de qué días nos quedamos rotos
y tristes,
andantes nocturnos de solimán y barro.*

*Pero llorar ahora esto y aquello
y lo que fuimos:
—hombres de caracol alterno y de sonaja.*

*Pero decirles: ¡criminales!
y a cal y canto y flechas enterrarlos.*

*Aquí vino el sol,
vino un claro temblor de mástiles y mapas.*

*—Trescientos años, cabrón,
para que tengas tiempo de morirte.*

*Aspera en balas la mañana,
áspera en sangre y gritos hizo su aparición cantando.*

*Aleluya, señor,
padre nuestro del miedo y del garrote vienes,
hermano purísimo de qué campana, vienes.*

*Alguien en el mundo dijo: —Yo te excomulgo,
yo te maldigo en carne
y polvo
y aire,
de día y de noche en polvo
y aire.*

*Pero alguien más le dio una flor
para su muerte.*

*Ahora bien, señores,
acarreadores simples del oxígeno:
aquí la hulla,
el orgasmo de pólvora que digo tuvo su origen puro
de promesas.*

*Nos ataron las manos y los ojos
y nos pusieron nombre
y sitio
para que nadie más tocara los fusiles.*

*Pero este país enfermo de magueyes
y de abuelos de piedra
en las arterias,
pero este abrazo de muerte sostenido
tiene también su condominio azul escarolado
pudriéndose en miseria.*

*(Ahora quién,
quién va a decir primero patria
a plena sangre y se quede tranquilo y firme
sin llorarse.)*

*Crece de norte a sur,
de mar a lágrimas con su manera clara de contar
leyendas.*

*Pero otras veces, señor, hermano mío,
se le sale el amor
y está que muere.*

ELEGÍA POR LA MUERTE DE UN HOMBRE

1

*Hoy te metimos en la tierra
con tu respiración de sangre
suspendida.*

*Te quedaste solo;
completamente a la mitad del canto,
solo.
Y te lloramos
porque en tu casa un silencio de sábanas
converge.*

*Te quebraste por peón,
por el salario mínimo sangrado
que cultivó
tu hermosísima flor tuberculosa.
Porque el gobierno
diecisiete largos años talló con vidrio
tus pulmones.*

*Y hoy definitivamente el mundo
ya no tendrá la flaca voz
de tu machete;
ni cortarás el viento con el hambre
de tu mujer
o de tus hijas.*

*Fuiste hombre con tus zapatos viejos,
con la ropa que te dieron.
Y alguna vez tu grande corazón
amaneció cantando
como pájaro,
y los buenos días de pan
le dio a los hombres de tu estatura agraria.*

2

*Por esta calle el sol ya no camina,
por esta calle sólo pájaros y pájaros
abren el cauce de la muerte.*

*Por esta calle sólo tu nombre,
grifo de llanto;
sólo tus duras manos
se levantan
y arañan oquedades frías de promesas.*

*Alguien sigue con su pañuelo roto
diciendo adiós a tu pequeña muerte.
a tu sueño campesino
castrado de parcelas.*

*Todos sabemos qué bicho te succionó
los huesos,
qué madre de alacrán se aposentó
en el filo de tus lágrimas
y te hizo tragar salitre
y pólvora
y silencio.*

3

*Yo te medi la risa y era amplia,
yo te medi la voz y era amplia.
Y amplio también el sitio de tu casa
para pasar un sábado
cantando.*

4

*¿Me oyes?
Acabo de llegar.
Y te he traído flores,
y te he traído muchas miradas tiernas
para que huelas a fresco tu domingo.
Pero te digo, hermano,
que algo me duele a cada rato
porque a esta hora,
en otro sitio,
miles de nombres como el tuyo
se calcinan.*

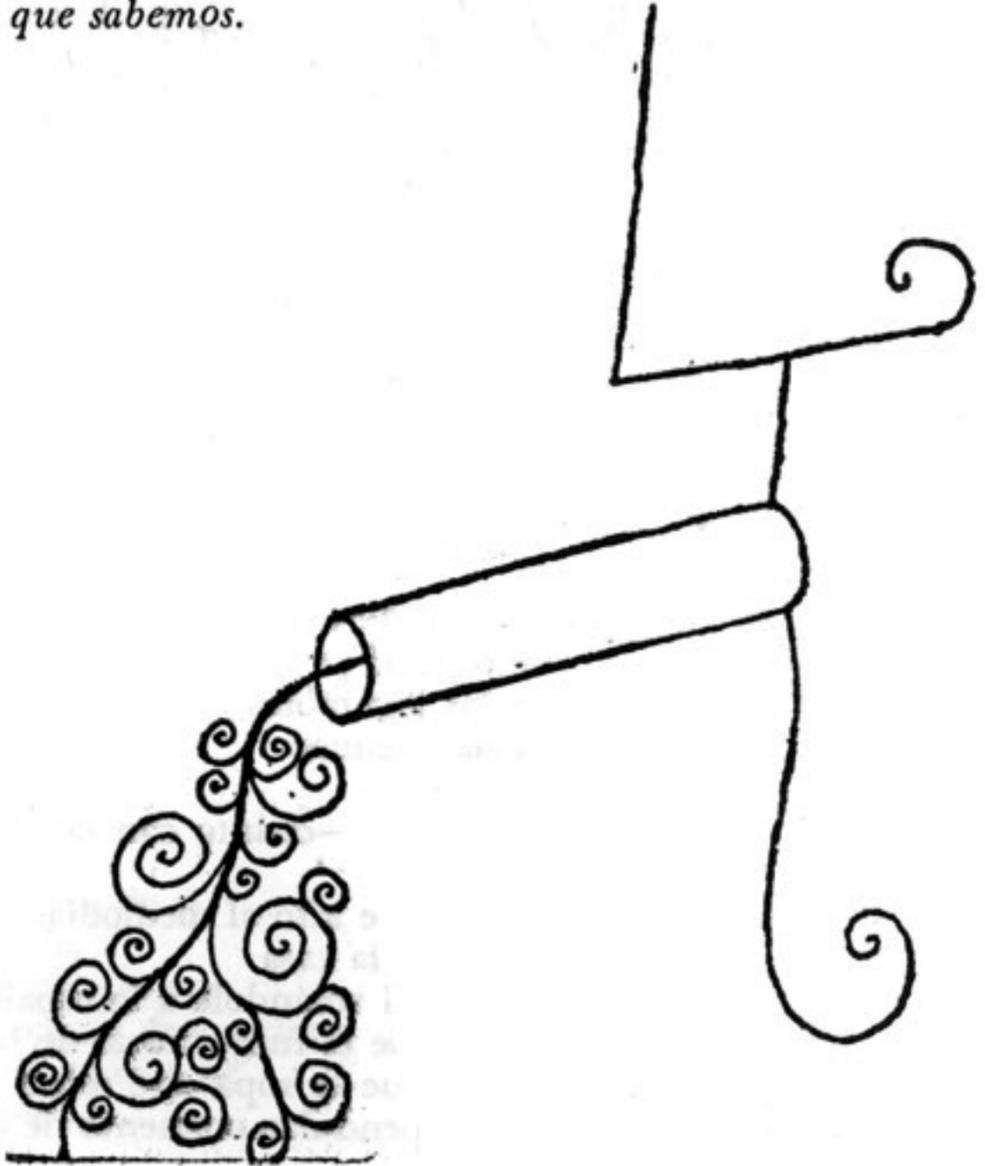
5

*Tierra para tu boca,
para tus ojos,
para tu cuerpo largo como un adiós
de sal sobre la lengua.
Para los criminales días
que te endilgaron un retrato de muerte
en cada brazo, tierra.
Y para los que aún caminan con su tos
golpeando el aire;
sí, para esos navíos de mares lejos, oxidados,
que andan de vena rota,
goteando.*

*Tierra para la muerte de este hombre
y sus pulmones.*

6

*Ahora voy a cantar,
ahora cantaremos todos una balada nueva
por la muerte del hombre que sabemos.*



Flor de Sol a Sol

Agustín Monsreal / Escuela de Arte Dramático (INBA)



I
Señora de los sueños rezagados,
asoma al pescado,
a las legumbres,
hace cuentas;

—cuánto con tan poco!

Regresa haciéndose alto el mediodía.
Repite acomodar la casa
y a chal volándole a la espalda
enciende el fuego ritual de la cocina,
para que la sopa esté sobre la mesa,
en el pendular momento de costumbre.

Lavandera,
 reina madre de los sueños encorvados,
 tienen tus manos luidas y serenas
 un sabor a espuma casi llanto.

Acaba de morir.
 Es marzo.
 Acaba de morir.
 Septiembre.
 El cordón umbilical
 se me enreda en el alma.
 Hace ya seis agrios meses.
 Hace ya seis dulces niños.
 Qué temprano se murió.
 Qué temprano.



II

Una mañana
 la muerte penetró en la casa
 y los niños, bruscamente,
 aprendieron a guardar silencio.

El sol estaba donde siempre.
 La boca, las manos, el pelo.

—desde que recuerdo
 mi corazón es un desastre—

Si acaso,
 un sabor distinto el desayuno,
 y tal vez
 una lágrima.

Precipitado de ti,
 arrancado,
 permanezco sujeto
 a mi intento de sonrisa,
 habitual mueca de
 naufragio.

Amada,
te voy a inventar,
así, como jugando,
un llanto
para cuando yo
me muera.

¿Y si abrimos esa puerta?
¿Y si detrás de ésta,
hay otra, amada?
¿Y si la vida
es una interminable
sucesión de puertas,
donde nos encontramos
atrapados,
como sueños de niño
en un zapato viejo?

¿Sabes, compañera?
Un día,
voy a inventar un mundo
todo de paisaje.

¿Y si te fueras, amada?
¿Y si se apagara
el grito que nos ata?
¿Y si se rompieran
las breves palabras
de tu nombre?
¿Y si fuera
yo
el que se fuera?

Qué amargo,
compañera,
es irnos, desde ahora,
separando.

Guardadora azul de tu mirada,
bordadora de horizontes;
al acercarse el silencio,
la partida deja sin ruido la esperanza
abierta, entonces, a tu nombre;
lejos después, en el destierro,
ubicaré la luz, dibujando tu mirada,
predispuesto a tu recuerdo, a tu sonrisa,
enfermo tal vez, grave de ausencia,
lacerando octubres,
acorralando otoños,
acerando el alma.

Desde el beso que te di de prisa,
desde el momento de la partida
en que me puse triste,
desde entonces, amada,
no ha bastado recordarte
para ponerme alegre.

Salí a tu encuentro, gata redonda y amarilla
y nuestros ojos se vieron tan de lejos,
que con la punta de la mirada se rozaron apenas.

Salí a tu encuentro, redonda gata amarilla
y te nublaste haciendo piruetas amorosas
sobre la raíz del viento.

Salí rodando a tu encuentro, felino y amarillo
y legiones de sombras rompefuegos me eclipsaron.
Salí, gata y te encuentro, remota y amarilla.

Anduve toda la espesura de la noche
cargando tu recuerdo en abanico,
oyendo la dócil y ligera
serpentina de tu risa,
repitiendo lo volátil de tu nombre
multiplicado en tantas lunas,
recorriendo la distancia
larga y suelta de tu pelo
—veleta propicia para el viento;
transcurriendo en la memoria
tu cuerpo de avena cinturada
—ceñida mancha de luz
en que te brillas;
madurando bajo las estrellas
un racimo de besos para darte.

Y saliste al viento, para recibirme
con tu violenta alegría a flor de labio.
Y sembraste tu huella digital
sobre cada minuto de mi cuerpo.
Ancho de amor, el día te dio su fuego
a manos llenas,
y fuiste toda luz y vaso y manantial,
y toda manos para recoger
las recién brotadas espigas de la tarde.

La longitud de los caminos, reventando,
de golpe, como flor de invierno,
untándonos el horizonte en la mirada,
aligerando de polvo nuestros pasos
y lanzándonos a vivir, cantando,
con un estallido de semilla en la garganta.

III

a mi esposa

Cuando me dices: corazón o amor,
o cuando no me dices nada,
o cuando me desprendo del cigarro
para darte un beso,
cuando comida, cine,
cuando hoy, mañana,
o lunes, luna, sol,
o jueves por la tarde,
cuando te cortas el cabello
y mis manos extrañan su distancia,
cuando, ya duérmete
o, ponte calcetines gruesos,
cuando la noche decapita nombres,
cuando el sueño, tu respiración, tus ojos,
o cuando la tibia almena de tu pecho,
cuando la madrugada, la campana del reloj,
el agua fría sobre la cara,
cuando adiós, cuando el trabajo,
cuando todo, cuando tú, cuando ven,
cuando eres absoluta
y no sé explicarte explicarte que te amo.

Me quito con los zapatos el cansancio largo
y el calor de todo el día,
me dejo el corazón doblado
sobre el respaldo de cualquier sillón.

Sucede que le falta un terrón de dulce a mi camisa.

Remojo mi amor en una palangana de agua tibia,
y lo froto y lo acaricio
y lo preparo para la lucha,
cada vez más seria,
del quién sabe, día siguiente.

Ceno cualquier cosa, como siempre:
un par de estrellas,
una cucharadita de luna nueva, un café.
Me lavo el sueño, lo cepillo
y lo dejo con tu recuerdo donde la almohada.

A tiempo el tambor de lata que a mañanas me despierta.

Me tapo, me cubro, estoy en fiebre de ti,
ha sido un tanto día de amarte,
de tanto lamer las heridas invisibles
que a tu paso ibas dejando,
de tanto comerte con los ojos, con el aire,
durazno silvestre, miel.
El corazón te late como una lluvia apenas,
como un vuelo inaplazable de ave a qué otra parte.

Estoy cigarro, insomnio, sábana arrugada,
qué nochemente oscurecido;
beso tu oreja lastimada por mis palabras.

tus ojos casi llanto;
me crece, de golpe, lo triste, lo lejano,
así de grande y como no queriendo.

Cachito de luz entre arboleda,
sucede, absurdamente, que te quiero.
Y todo más.

*Marzo treinta y uno. Viernes.
A las nueve y diez de la mañana.
—fue niño, ¿ya lo viste?—
Te saludo y me descubro
de toda sombra para hacerlo.
Te doy las llaves y la casa.
Te doy por nombre Orestes.*



Entre las almohadas
que maduran tu cintura
y el apenas gorjeo
de tu garganta,
entre el sol que asoma
a saludar tu primer diente
y el jubileo
de tu risa de sonaja,
y el baño de la tarde,
y el talco y los pañales,
tu primera aventura
fuera de la cama:
chichón tras de la oreja,
borrón y alegría nueva.

Sencillamente creces
y aprendes a escuchar tu nombre,
sencillamente vas tomando la forma
del amor que te heredamos,
un amor de mar abierto y transparente,
un amor de risa y pan a flor de labios.

Mi hermano es un muchacho
de ojos fáciles y grandes.

Se asoma apenas a la vida
con su cuerpo flaco
y sus botines
y su primera novia de la mano.

Con su risa recién lavada
dice será aviador cuando sea grande
(quiere conocer de cerca las estrellas).

Yo le arreglo el mundo cuanto puedo,
él, mientras tanto, hace recuento
de las horas que le faltan
y aprende, en un trajín continuo,
el lenguaje habitual de lo terrestre:

Ve cambiar el trigo de camisa,
conoce la piel de los caminos,
indaga las cosas,
hace amigos,
toca su guitarra, moja su pan;

camina enseñando entera la suela de su prisa,
bajo el peso de su paso es un tambor el pavimento,
el planeta es una calle incapaz de contenerlo.

Mi hermano es un muchacho de ojos fáciles
y grandes,
es un octubre naturalmente claro
abriéndose sol entre la gente.

Silba duro la bocina dorada,
el apéndice musical de ese muchacho,
mientras el tacómetro
recién injertado a su automóvil,
es el tema de amor que cantona
a la carita pintada de, qué padre!

Has recorrido alguna vez
las diminutas parcelas,
las manos que se dan
recién nacidas a tus besos?

Muchacho, tú naciste
aprendido ya
el oficio del dinero
y diste corazón
contra kilómetros por hora.
Eres todo
convertible rojo.

Vacantes de vivir como Dios, dicen, que manda,
duelen la calle a patadas futboleras,
avientan su cuerpo de sangre sometida
a golpear un redondo no sé qué
que de toda la vida les lastima.

Ellos de puro querer están corriendo,
pero les acabaron, de tajo, el horizonte.

A cinco pasos militares
de distancia,
pasan los muchachos
con sus botas
como soles,
su uniforme obligación
qué bien planchado,
y su casco con red
y tan derechos.

Un tras, tras y tras
nomás se oye
y atrás,
una muchachada trenzada de colores
los ve pasar como diciendo, adónde?

Hoy amanecieron sin un grito en el espejo
ni una ventana hacia la calle;
le dejaron deshecho el uniforme de la piel
por tomar su vocación en serio;
les amputaron el grito a culatazos
y los echaron de la edad de estar despiertos.

Y ellos, hermano,
lo único que quieren
es desflorar la parte de vida que les toca.

a Enrique

A nosotros, hermano,
nos vistieron de pantalón largo
muy temprano;
aun no sabíamos respirar
y ya nos estaban dando duro
en los pulmones,
—será por eso que tenemos
la risa descompuesta.

No tuvimos tiempo de buscar,
nos impusieron
un oficio y un salario
y entramos rebotando
a la edad de las arrugas.

Y luego dicen, hermano,
que ensayamos, apenas,
picotazos sobre el cascarón.

Es triste
eso de amanecer entermo
y con ganas de quedarte
sencillamente quieto;
porque, la ropa, la comida,
porque, señor, ya vine por la renta.
Y la vida se te va deshilachando
a golpe de reloj, angostura de cemento,
ir y venir y calendario.

Porque dan ganas de esperar al sol
en el rincón más tibio de tu casa,
y estar ventana abierta
viendo pasar los pájaros del mundo,
y dar sin prisa un beso a tu muchacha
y decirle que, tal vez, si el tiempo lo permite,
vayamos al campo el próximo domingo.

Matorral de nubes gruesas, maduras,
el mediodía abriendo nombres
entre los pétalos de la lluvia.

Geografía celeste abortando sobre el valle.

Domingo de calles anchas
y palomitas con cintas de colores,
domingo de muchachos tristes
y de cine, qué remedio, por la tarde;
domingo de, mañana, siempre,
hay que estar con las plumas
fuera de la rama.

Porque la semana duele
nomás de pasarla toda trabajando,
y hay días en que amaneces
terriblemente enfermo y triste
y tiene que correr, correr, porque
—carajo con usted, otra vez se le hizo tarde.

Hay días en que, de plano,
el sol pasa de largo.

Diría
la piel del cielo,
de la rosa,

diría

la condición del perro
amarilleando las esquinas.

Diría

los pies hinchados del mediodía,
y los camiones y dos horas para comer,
y esta anemia largamente gris
palideciendo el cuerpo,
esta larga y ancha tristeza de cemento,

 y pelo largo y ropa de colores
 y fútbol los jueves y domingos
 y el radio colgado de la oreja
 y flores, para estar conformes.

Diría necesitamos piedra y yeso y sueños
para afirmar las paredes viento de la casa
(dame un beso y duerme en paz).

Diría

el grito clausurado
y la carrera de todas las mañanas,

diría

las calles apretadamente
frías y largas
como cuello de botella,
la tarde saliendo del taller
con su overol enfermo,
y, no se puede tomar un café en dondequiera,
hay un su lugar
y una su hora para cada quien.

Diría

 Hermano
 Tiempo
 Libertad.

Y el arado descalzo
contemplando la seca boca del surco,
y las barrigas huecas,
al aire,
creciendo, a la buena de Dios, como se dice,
y la piedra suerte
sobre el lomo sudoroso en la cantera.

Diría

la sal en los ojos
y la tierra en la garganta,
y los negros y Vietnam
y Guatemala y Venezuela
y no sé, no sé,
no sé
qué estrellas más.

Perdóname esta risa malograda
y estas manos torpes,
esta manera de decir que tengo
la cruz de viento punzante
que desde siempre hemos llevado,
este ruido rodando recio
que traemos.
Hermano, mi querido hermano,
el de cada día en el trabajo,

en la guerra, en el campo,
en la miseria;
perdóname
este sólo tener los golpes de mi voz,
para decir contigo,
piedra, corazón y manos,
esta traición,
esta rajada de madre
y de vida que nos dieron.

Querida, mi querida,
perdóname estos besos agrios
que a veces traigo de la calle,
las promesas no cumplidas
que se empolvan y se hacen viejas
en la cima del ropero,
el desfile de días
en que un aire triste
cabalga por tus ojos
y el pan de tu ternura
se hace duro por mi culpa.

Madre,
perdóname este olvido seco
en que te tengo,
este no tener rosas, agua,
ni llanto que llevarte.
Suceden tantas horas que decir
y tantas vidas.
Tú lo sabes bien, lo entiendes,
tú me enseñaste la verdad
hasta sus últimas consecuencias.

Perdóname esta casa grietas, hijo,
estas paredes altas que le roban sol
a tu primer año apenas hoy cumplido,
perdóname esta tierra prematuramente
hinchada de coronas que te entrego,
este oficio de palabras que siembro
y deshojo en los caminos.

—Digo que la luz
es del tamaño incontenible
de tus ojos.
Para ti, la madurez del fruto
más nuevo del planeta
y una vela pequeña
encendida sobre la corteza
de la tarde más brillante.

Perdónenme, todos, este amor,
esta canción amarga de besos y de vida
que les digo. Tal vez,
me pusieron el corazón donde no era.





Poemas

Amantes nuevos, dad también al sueño
lo que es del sueño, Amor.

Gerardo Diego

*Amo desde el fondo de la tierra, sobre la superficie de mi soledad.
Amo el mar con el puerto, el relámpago con los bosques encendidos de amor.
La noche se abre como la llama negra de tu sexo.
Las mareas jadeantes se inclinan sobre las olas terribles.
El amor me devora sin cesar esta sangre.
Esta sangre florece sin cesar el amor.
Tus quejidos son el eco de una sola voz de ternura.
Los instantes parecen mi grito de bestia purísima rondando tu cuerpo.
La ciudad lejana trae la otra mitad de mi espíritu nunca solo
y deambula en tus senos de Eiffel levantada en mitad de mi sangre,
plenamente de tu mundo, impecablemente encendida en tus ojos.
Entonces entro en la desesperación de tu cuerpo, rodeado por el mar
y por mi voz que sólo quisiera pronunciar tu nombre
para aturdir mi soledad cada día mayor de olvido, mis visiones lúbricas
en las que abres las piernas para entrármeme con el mar contigo,
como si tu propia lujuria me tragara,
tan desnudo como el día de la condenación.
Te entro exactamente igual que el agua a la tierra.
Y allí donde me abrazo al encendido aliento de tu rostro
presiento el mar verdísimo y profundo con tus cabellos rubios,
desmelenados sobre los senos donde también algo de mi amor se levanta.
Y es esta piel nocturna la que se acerca a la luz que me trajiste de otros sitios,
precisamente cuando descubría tu sexo golpeado tantas veces por otro mar contra
[otro cielo.
Y ahora que te tengo no alcanzo a comprender de qué placer venías,
qué huracán te abrió las piernas como a una mujer ansiosa
de las más salvajes penetraciones, perdida frente a la furia de la carne.
Pero te amo de todos modos, como al mar contigo, nostalgia de mi propio
[desprecio.
Y hay en el mar unas olas menos oscuras que las noches que me faltabas,
hay en la pretérita soledad de mi casa
esa lluvia con las gotas-rotas de agua amarga.
¡Ah terrible amor que naces donde el mar se acerca!
Sigo mirando tus senos donde estuvieron mis manos, mi soledad viril,
mi lengua ansiosa, como un río desembocado sobre ti,
como este inmenso océano embravecido contra la costa suave y vencida,*

Xorge del Campo / Facultad de Filosofía y Letras

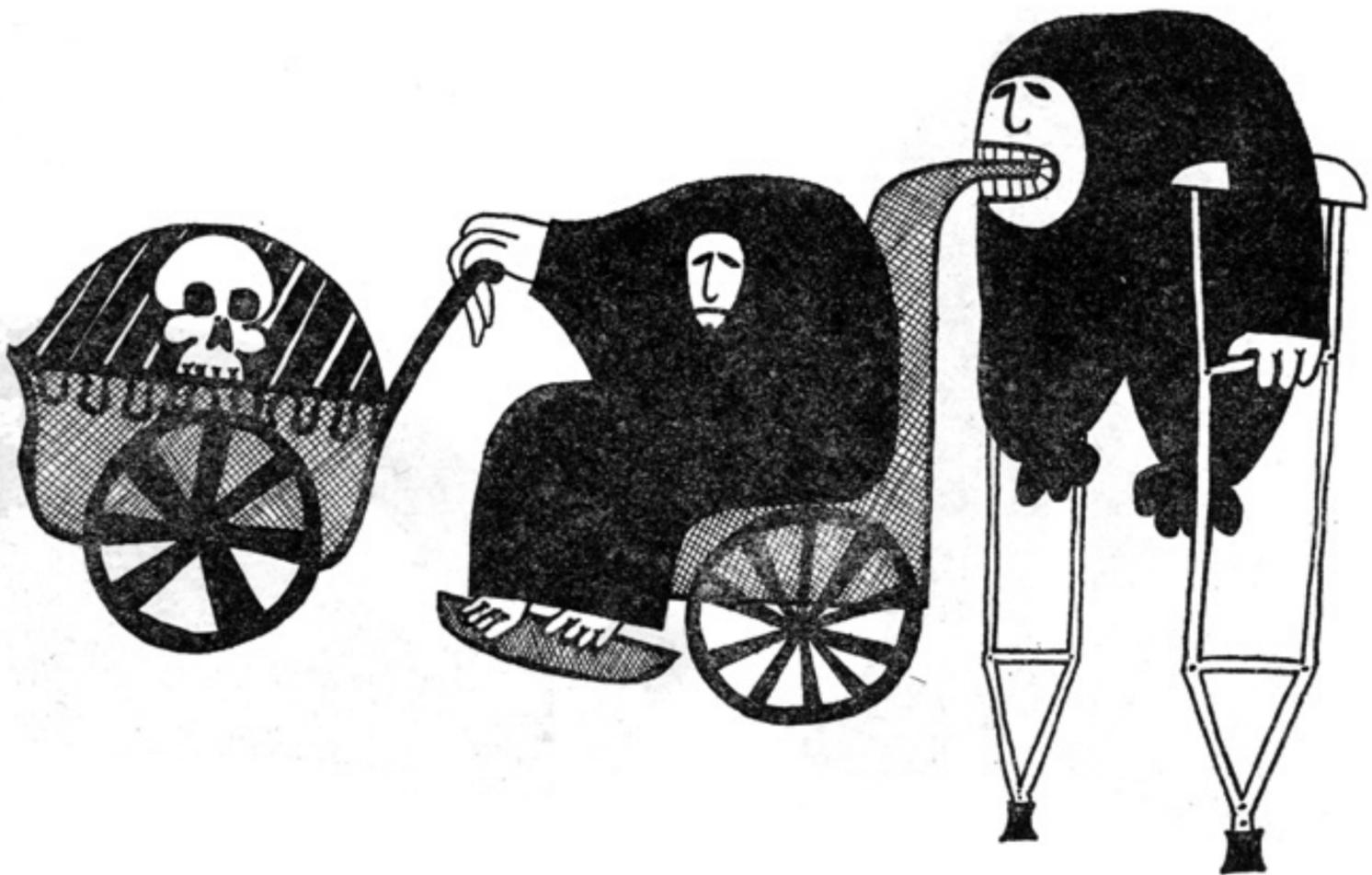
*como tú derrotada dulcemente, sin embargo, porque no fueron esas olas
 más fuertes que la mansedumbre de tu entrega.
 Y ahora también cada instante se llena de la noche, de tu ternura de hembra
 [desoída,
 incesantemente renacida en Eva,
 prostituida donde el placer algún día estuvo limpio y encendido.
 Escucha ese lenguaje marino que viene de las fuerzas de la tierra,
 numerosos caballos impulsan mi corazón en llamas.
 En medio de todas las aves que la noche en el mar cubre de faros
 te incendias y palpitas con la verdad de una mujer saciada.
 Ahora puedes volver a desnudarte de amor,
 las estrellas tienen mi sangre, tus rodillas la arena de la playa.
 Tu cuerpo ya es mi propio camino, el que alumbré a través de los siglos,
 a lo largo con lámpara de amor.
 Y horrible entonces tu lujuria de mar, tendida contra las orillas de mi cuerpo,
 rugiendo en los momentos que niego a tu lado, que doy a la pequeña flor,
 o tal vez a mis palabras de hombre.
 Y no tienes por qué desnudarte hacia el mar, porque es allí donde existe
 y permanezco como una bella visión o una ola intocable.
 entornándose con tu voz, alargando sus puntas deshechas en la noche contra
 [las rocas
 para ir a tu corazón, para que sepas que en ti después del mar no habrá nadie
 [nunca.
 ¡Ah triste amor un bosque entre sus piernas tiembla!
 Tus desnudos hombros me reclaman como los brazos de una hija.
 No las podridas aguas marchitarán tu flor;
 no al menos la luz salvajemente inocente de tus ojos extranjeros...
 Más allá de la blancura y las palpitaciones de tus senos, pongo a oír mis orejas
 [ateridas.
 Tus soledades del pasado tiemblan como un abismo de miedo frente a mis ojos.
 Me llamas para la horrible insistencia nocturna, iluminándome y cegándome,
 hasta los últimos rincones de mi sangre, hasta mis lejanas amamantaciones,
 [devorando la sagrada leche con las uñas,
 ávido de las encendidas gotas, con demencias imprecisas,
 oscuros pensamientos entre tanta dulzura exprimida,
 mucho más distante de los niños saciados
 y de las vírgenes mirándose crecer los senos en la noche.*

* * *

*Amo tu cuerpo como dos mares unidos al anochecer,
como dos continentes del alba con el mismo crepúsculo,
como pasado y presente en el porvenir.
Amo tu desnudez abierta de ventana hacia el mar,
de ventana abierta hacia tu desnudez, es decir a la vez la misma.
Amo al fin por un instante, y busco tus ojos clavados en ti misma.
Amo tu corazón resbalándose en el océano iracundo.
Amo como un animal extraviado en la noche, ardiente,
lejos de la soledad donde me escondo como una sombra perdida,
sin reconocer la ternura de tu piel que me espera
en el centro de tu cuerpo, en la más pura entrega de Eva,
cuando todo me incita íntegramente
entre el mar con tus movimientos cubiertos de espuma
o de cualquier flor dibujándote con partículas tiernas de espaldas contra la
[inmensidad del mar,
repitiéndote en mi tristeza que no te abandona desde la marea
como si fueras una indeseable embarcación de sal, o siendo,
desde todas las costas previamente condenadas al olvido.*

*La cercanía de tus pestañas, del más delicado vello de tu pubis,
y la lejanía de tu olvido de adúltera incapaz de mi soledad,
corren entre las mansas aguas del verano,
viniendo hasta mi playa en llamas, trepándose hasta mis piernas y mis vellos,
lamiéndome el cuerpo con las puntas de agua.*

*Siento a veces tus mejillas junto a mi cuerpo agotado,
y entonces la brisa viene en barcas constantes de vivir, abriendo unos surcos
en el mar que únicamente marca nuestros cuerpos,
entre el amor, las altas noches y los besos,
perfectamente inventando un nuevo olor para tu sexo,
una nueva agitación en qué palpar los buques de tus sueños,
donde erectar tus senos, un testimonio de la alta marea de tu desnudez total,
del desvestimiento, definitivo donde ya ni el océano ni los purísimos animales
[marinos,
sino tú y yo lejanos y unidos, como árboles sin hojas que reclaman el sol,
deshumanizados como los ángeles, con la resignación de nuestro sexo,
hacemos el amor como náufragos asidos en el mar.*



*¡Ah triste amor que callas con el silencio más puro del tiempo,
con los labios unidos, plenamente fatigados,
para que allí quede tu fuego, tus rotas palabras de saliva amarga,
tu afirmación secreta del amor pasado
o la nostalgia de la patria donde pusiste alguna vez las manos.*

*Ah triste amor con tu silencio abres tus sueños,
desnuda y cansada después del amor,
más sola que nunca o quizá solamente después del abrazo.*

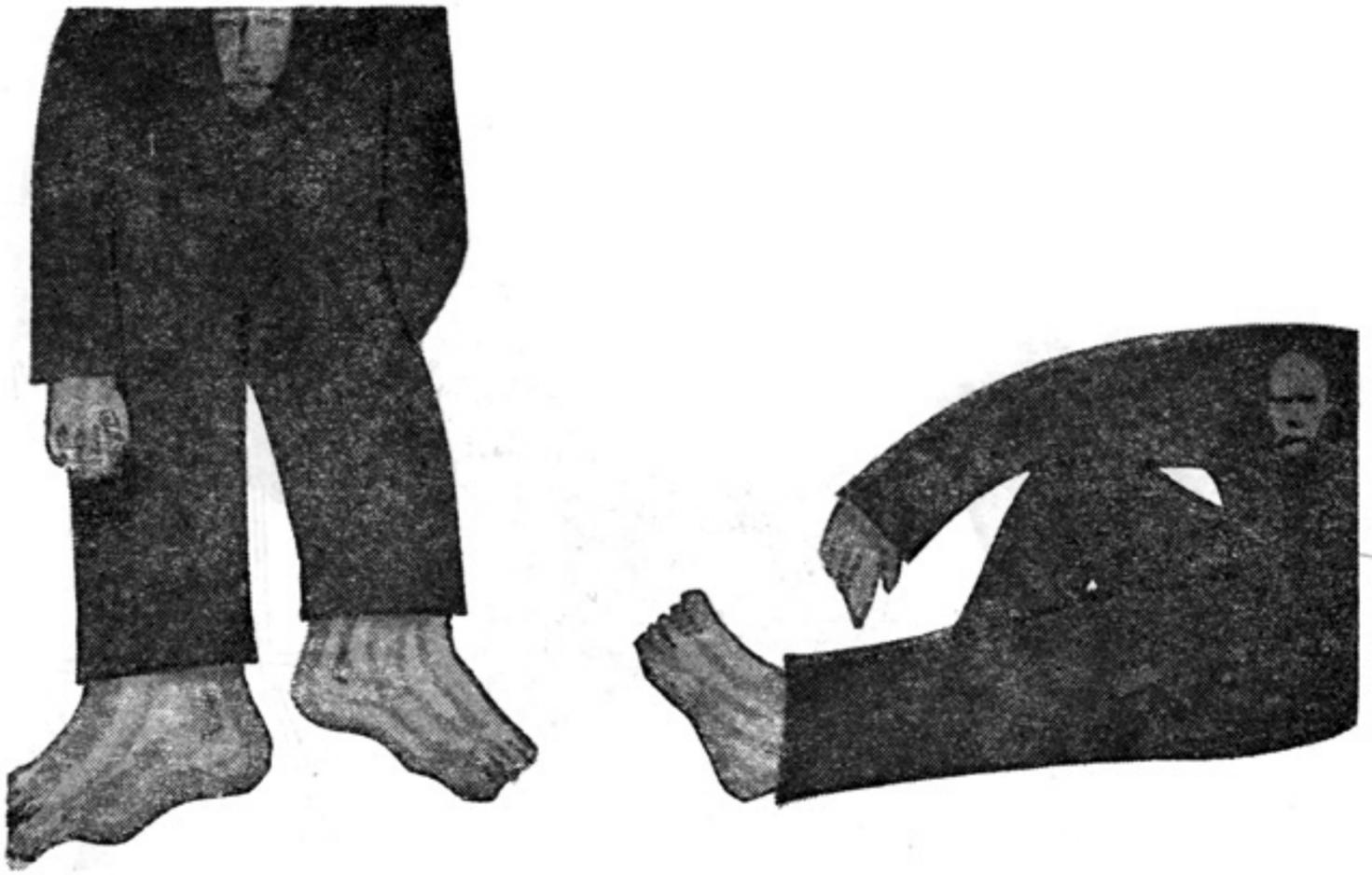
*Ah-rdiente-amor-amor
tus-rotas-gotas-de-rocío-caídas-en-el-agua-amarga-de-este-mar-presente.
Te amo desde aquí, océano-tú.*

*Mar dormido en mis ojos desde que tú-océano no estabas.
Amo, amar es el único cambio verdadero de un espíritu con otro,
digo, amar es construirse en otro.*

*Amo tu desnudez con el mundo en las manos
y recorro tu cuerpo con un faro iluminado, diciéndote incoherentes palabras de
[ternura,
no sé por qué noche, por qué delirio de mi sangre entre la tuya,
por qué pétalos de flor enorme lamiéndote constantemente,
aullándote lejos de los montes del mar, buscándote el sudor revuelto con el mío,
aún después, más allá de nuestros cuerpos juntos.*

*Y una ola enorme de la leche de Acuario estremece nuestros cuerpos
unidos con desesperación, con la ansiedad de convertirse en uno.
Nuestros cuerpos solitarios a pesar de la sangre que los une,
nuestros cuerpos jadeantes, gritando en la piel.
Y mi sexo acosando tus gemidos, y este deseo salvaje
de poseer para mí cada instante de tu gozo,
cada momento de la tierra temblorosa de tu cuerpo
donde ya no sé si enloquezco o me sepulto.*

*¡Ah, tú la extranjera de las aguas, pero siempre única inmensa lujuria,
donde hemos entregado lo que ya no es más sino el mar!
Sigo buscando tus noches y tu amanecer en otro océano con otros brazos,*



*y tu pequeño rostro esperándome en la puesta de sol de tus ojos
donde ya no lloras y hablas como yo
perdido en la ciudad sin recobrarte,
porque hay poco amor que nos pertenece, y el mar cae boca abajo como diluvio
[universal,
empapándonos el sexo, saliendo de los poros, por la tierra,
en tus costillas y las mías tuyas, vomitando y defecando sobre los recuerdos.*

*¡Ah, tú la marcada por el mar, la presente inexistente!
Sigo deseando el océano, defendiéndome de que mueras, sin embargo, anhelando
tu más dulce consumación,
cómo no dolerte
y posar mis manos en tu cuerpo que recorro
hundiéndome en el mar donde se incendian mis barcos.*

*¡Ah, tú la amada inmóvil después de la ola, sé que voy arder entre tus llamas!
¡Ah dulce amor,
si naciste para morir,
que el mar cumpla tu ejecución de condenada!
¡Ah dulce amor!, ¿en qué marea tuviste nacimiento?
¿Dónde, en qué ola, en qué desasosiego, en que mar te formaste?
¿Qué patria te construye? ¿O fuiste tú la que construyó el puerto?
Seré yo tal vez el construido con cada gota de amor con que renaces,
con cada nota de tu sexo, con cada olvido tuyo,
posiblemente menos triste que esta soledad que nos cubre?
Porque ni tú ni yo somos de mar abierto y desnudo.
Y buscamos algo que nunca podremos darnos, a no ser en el agua
o en el sudor más líquido del cuerpo.*

*Y allí está la playa donde hundimos las manos
para tratar de entrelazarlas a otras olas amantes.
Y allá van los caballos de nuestra lujuria,
los golpeados potros que aún rugen en tus senos y en mi sexo,
entre tus piernas y en medio de tus nalgas, de tus llameantes vellos.
Y allá van los caballos,
llorando por nuestros rostros hundidos, de todo mal, amor.*

*¡Ah pobre del mar-nosotros cuerpos unidos en la desesperación,
bestias purísimas con un sexo que nos marca la señal del amor
en la tierra.*

*la mitad arco iris donde podríamos ser la luz completa, o tal vez la noche
en la que deberíamos dormir nuestra propia lujuria
con la condena que tal vez el destino ha querido depararnos!*

*Y te digo que el mar era un león sobre ti,
y que rondando tu felino paso olía tu sexo, tal vez el sexo de Eva,
(tal vez la señal del amor,
quizá una ola con el océano encima, llamándome para amar,
diciéndome que al fin te encontraba
mientras simplemente perdía aquello que nunca había tenido.*

*Y te digo con el mar me embravecía porque otras penetraciones te llenaron,
porque otras manos se quemaron con las llamas de tu sexo abierto,
porque otras olas te hablaron del amor, de su señal erótica;
porque otros ojos extranjeros vieron tus orgasmos;
porque otra lengua recorrió antes que yo tu cuerpo lujurioso,
mientras mi estúpida lengua no se cansaba de decir
te amo, como el mar contigo, por las olas tras las olas, amor...*

*¡Ah pobre la pasión de esta señal a medio mar sin faros!
Quiero que me perdones por amar de ti para formarte
como otro mar en la resurrección, como otro puerto encendido de amor.
Quiero saber el curso normal de las aguas, que nada hará cambiar su paso,
su insobornable y definitiva composición verdosa
y su profundidad sagrada.*

*Un día no estará más el mar entre nosotros, y quizá esta noche, o el puerto,
o tal vez el olvido,
habrán dejado sus bestias encendidas de amor
lejos de mi corazón y lejos de mi alma,
donde empiezo a vivir
mi soledad de enmudecido.*

*En tu sangre me esperaba la destrucción
y hasta la señal del amor
creciendo cada noche, iluminándome contra tu cuerpo,
junto quizá a tu visitado sexo de nacida en otro mar y en otro cielo.*

*Y en el mar también me esperaba tu sangre, agua dulce donde quise beber
la conjuración de mis soledades
para gritar,
porque no pude amar sino gritando.*

*Y no era en realidad el mar un león,
sino una terrible manzana de la amargura
de la serpiente buscándose en el mar,
asesinándonos para que nos amáramos,
desnudándose como tú
para clavarme por la espalda el veneno que corría en tu sangre.*

*Y aquí estamos antes y después del amor, de la señal erótica,
más allá de tu búsqueda y tu encuentro,
sin noches futuras,
con el mar en calma por nosotros y la enorme tempestad anclada,
junto al mar sin agua fantasía y el sueño, el vil recuerdo
de los dientes que mordieron de amor tus suaves piernas
el vellón encendido, el vellón azulado donde tuve contra ti los faros
de mis ardientes desasosiegos.
Aquí, desnudos, después de la derrota del cuerpo del amor, solos,
con la ilusión desfalleciente,
el último, estertor, la desorbitada señal del amor ahogada a orillas de la playa.*

*Pero crece la desesperación de nuestros cuerpos ante la seguridad de agonizar
y ante la certidumbre de mi olvido a tu partida, a la defunción de tu sexo.*

*El mar se mece ahora
casi reviviendo
las dulzuras más próximas que tuvimos,
las más lejanas esperanzas.*

*Llueve,
grito,
porque necesito gritar que el mar renace como fue,
como ha sido.
Y una ola enorme cubre tus desmelenados cabellos ardiendo,
retorciéndose en la oscuridad del golfo,
(destruyendo la luz desahuciada
de la señal del amor.*

*Nada nos queda sino el mar usado en la consumación,
el paso lento de la serpiente siguiéndonos
para clavaros su aguja,
la noche alta donde no pudo encenderse más la señal del amor,
esta paz de sal del mar, este nocturno lecho abandonado
y esta agonía oceánica desahuciando
las erecciones y las penetraciones marinas.*



JSH
Krishna

Xavier Robles / Facultad de Filosofía y Letras

Joan Sweet Hare Krishna
vivía en Prosty Valley, U.S.A.
y solía bañarse al salir el sol
en Soul River.

Joan Sweet Hare Krishna
miraba a las truchas
oscilar
la cola cuando la veían,
y entonces nadaba un buen tramo
con ellas.

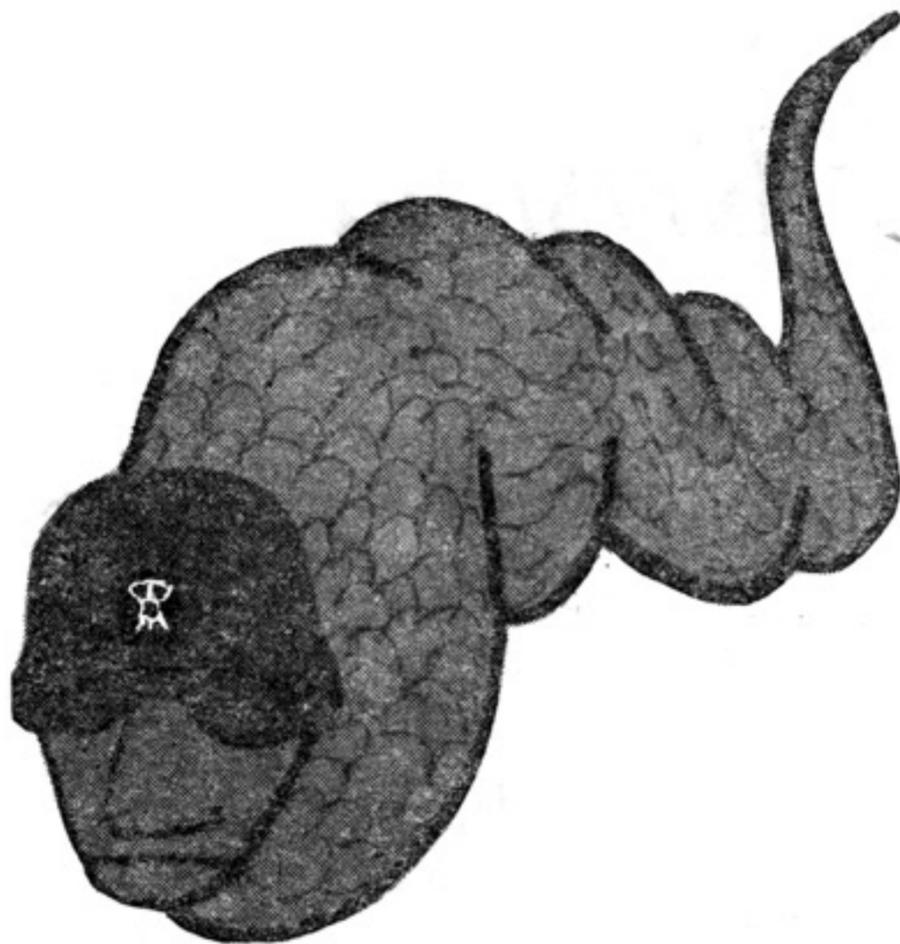
Joan Sweet Hare Krishna
secaba su cuerpo tendida
en la hierba,
y así pasaba la mañana entera,
custodiada por enormes
y celosos cipreses.

Joan Sweet Hare Krishna
cortaba geranios
y rosas,
cuyo aroma aspiraba al regresar
a casa
(en Prosty Valley, U.S.A.).

Joan Sweet Hare Krishna
fue encontrada
muerta,
violada por Sam Johnson
Stupid Question,
blanco y miembro
del K-K-K.

Poemas

David Huerta / Facultad de Filosofía y Letras



EL TALISMÁN

Detrás del abismo, sabio lugar en donde el sentido del tiempo pierde su forma cotidiana, te he convocado, y espero tu silencio. Hace unos días el talismán que me entregaste perdió sus costumbres de anulador y conjurador de maleficios. Estoy cansado. Estoy desnudo. Estoy ahogado por certidumbres y cicatrices que tú bien conoces. Hace un año, cuando abriste tu palacio a mis pasos de nómada implacable, sentí que el espacio se reducía a la suave distancia que separaba nuestros cuerpos. Vi tus armas de bronce y marfil y madera y aceros innumerables; admiré tus lentas colecciones de zafiros y esmeraldas; me asombré ante tus ojos de calurosa cercanía; viví, en fin, el momento que el espejo profundo me anunciaba a diario, cuando al pasar me miraba sonriente y protector antes de salir de mi caverna al aire abovedado en el que mi soledad germinaba y crecía, como un tallo tranquilo hecho de voces tibias y pausas deslumbrantes. Conversamos de cosas que a los dos estremecían y que para ambos recuperaban el ámbito de regocijada disciplina y altísimos fervores que ansiábamos para la vida. Y el silencio, grávido y veraz, que nos rodeaba de pronto. Y el silencio que para los dos adquiría la presencia de un indómito consejero. Recuerdo tus facciones. Entonces eran más despiadadas y directas, más profusamente inverosímiles de lo que son ahora. Cuando me despediste, lo recuerdo con alegre precisión, los huesos de tu cara y tus brazos esplendían en la felicidad del descubrimiento.

Detrás del abismo, ahora que aún no has regresado recuerdo todo con detalles de artífice rutinario y fiel a su labor. He ido tallando en la memoria aquellos momentos y ahora los veo con volumen y perspectiva contundentes: una obra maestra, un tesoro de orfebrería que guardo para ti cuando regreses y nos encontremos, detrás del abismo, en donde espero tu silencio.

POEMA

Así como la sangre que gira y se distiende
y ávidamente, ciegamente, golpea los muros de la muerte.
Así como el metal que al fuego se somete
en un ritual profundo de violencias.
Como el dolor tan solo —sólo a veces, cuando
el reloj no da la hora, cuando el alma
se ciñe de sonidos amargos
y el sol es una gota de sal envejecida.
Como el añil perfecto en que se muere,
como la lejanía nos toca,
como el grito nos pasma y la voz es lunar y desbordante;
y el ojo del dormido no lo sueña
y la mano febril ya no se abisma
ni el espasmo ni el ruido se desatan.
Así —como si nada fuera más—
llega el amor y toca nuestra piel
nuestras manos cansadas y el aliento,
toca el aire y los ojos y verdaderamente
somos más.



SONATINA

Ella se abría,
quizás,
como los sueños.

Tú buscabas la noche.

Afuera,
yo miraba callado
al día dominando
los claros signos.

Ella se abría, quizás,
y de sus manos indolentes
un fuego vítreo
acosaba el silencio de tu nombre.

Buscabas el sol
entre los gritos de la ciudad,
entre la hora incinerada
de esta sangre caudal.
Yo era propicio
a alguna suerte, yo vivía
quizás.

HIMNO EN MOVIMIENTO

Oscila el ser
entre el abismo pétreo
y la altura de luces
que la vida confiere.
Una voz que domina la noche,
una palabra, un rostro
y el inquisitivo silencio
que todo lo penetra.
Una palabra cierta
que avasalla al espejo
en su profundidad sin fin.
¿Qué verbo tumultuario
asienta en múltiples,
ilesas vestiduras,
la multitud del nombre
y la quietud del ansia
en que crecemos?
Oscila el ser;
la conciencia se alza
desde rasgados muros
de agonía. Oscuramente anidan,
en eslabones tristes
y nocturnas palabras,
una sed de fulgores,
el alma entre sollozos
y la columna del fuego desasido.
Son el tiempo y su voz
tal un quemante cirio de vigili-
as: el resplandor primero
que nos nutre y consume,
donde se vive y muere
nuestro rostro,
donde la imagen del espejo es
y la semilla arde en rito de asistencia
y es que la cercanía se otorga
una intensa simiente
de misterio.
Un umbral se protege en su secreto
bajo la infinitud de lluvia,
de la mirada inerte. Vibra,
solo entre dos nacientes misterios amarillos,
el espacio que anuda las distancias
y ofrenda el verbo oscuro
en que la soledad asume
su levedad,
su distinto silencio de agonía.
Crece bajo la piel del ambiente silente
algún fluir de horas,
de instantes ya metálicos,
ya ciertos, de lugares
que recubren el ritmo
de la ruina y el vuelo. Crece
desde la estancia pálida
una red invasora
que toca el límite
y la esfera. Aún
la arena fluye: virgen
y frecida al destino,

plumaje del minuto,
luna tejida en calcinante sombra
que da luz
a los gestos —dolorosas semillas
de la fiebre que enraiza
en la destreza amarga
del riguroso filo en llamas.
El abismo se cierra,
se colma de sí mismo:
se corona de abismo y espesura,
se sabe oscuro abismo,
totalidad primera.
Los pasos próximos
—contigüidad de instantes luminosos—
cierran la mano a la vigilia
y abren de par en par
el momento cercano
de la vida inmediata:
único sol, espada y fruto,
entraña verdadera,
soledad sin sustento,
espejo derruido
por el impulso en llamas
de la fiebre primera,
original y vasta
que nos mueve.
Bajo espasmos de cielo primitivo
un ave se consuela
y desnuda sus alas
para ser un relámpago,
una palabra al fin, la Voz.
Piedras y resplandor,
espera sobre rieles claroscuros,
los edificios negros,
el murmullo desierto
de una caricia, un signo,
—la sensación de estar.
Cenizas y cristales,
agua y ocaso,
fusión de agudos címbalos
con eslabones fríos, comunión en la hoguera
de cumplimiento y vasallaje.
Profunda luz de la pregunta
que en la altura da fruto,
se esparce en los destellos
que le dan vida y voz,
y desciende por fin
al fondo del abismo
con un collar de sombra y cercanías.
La inminencia se cubre
de brillantes figuras:
rostros en plenitud,
siluetas inequívocas
que desde el borde antiguo de los sueños
dan alimento a los pronombres
y los señalan con puñales
de llantos o de asombro.
El viento se sumerge
en los sonidos. La soledad
se reconoce al fin en el espejo
La cercanía, la voz,
el pulso destelleante
se contemplan cubiertos de presencia.

SUENAN CAMPANAS

Suenan campanas a la orilla del mar
abrumadoramente.

Oscuros y densos,
los címbalos de la quietud
improvisan una sonata ciega
con el cálido ciervo intermitente.

El pavorreal observa
multitudinario.

El prócer celeberrimo te mide
con miradas atroces
desde su fría altivez
de estatua humedecida.

El espejo te abruma de añoranza
con el tenue recuerdo
del momento

de hace apenas un momento.

Canta el silencio la tristeza
que se clava en tus hombros
con la tenaz, dulce figura,
de una doncella gris vestida
de puñales.

SONETO

*El lenguaje es un templo desolado
en el que a veces tocan los sonidos
de una voz o de un grito desmedidos
hechos de algún metal ya acrisolado.*

*Son el suave reposo alucinado
de profundos y múltiples sentidos
que quietos y desnudos —desasidos—
se convierten en numen hechizado.*

*Del secreto de antiguas soledades
vienen palabras, signos y expresiones
cifradas por disímiles edades*

*y en distintas y muchas variaciones
nombran al hombre al mundo y a la vida
y a la existencia próxima y habida.*

POEMA

Tocado al fin por la ceniza
el día se desvanece.
"Oh deidades
—bajo la ciudad,
algo confuso crece:
son el alba caudal
y el estrépito amargo
de la sangre soñando desventura."
Son los sueños —los otros sueños
también los que se alzan.
Y el pulso crece
bajo oscura marea.
La soledad es diferente.
Al fondo de sí mismo
el hombre encuentra
y reconstruye



CANCIÓN DEL ENCUENTRO

I

*La noche clava sus ojos en el mundo:
de arduas habitaciones,
con espesa fatiga de ceniza
emergen los breves hombres.
La noche es el ropaje del viento de la noche:
mármol indiferente
que dispersa el sombrío presentimiento
en multitud de sueños y palabras,
en un collar inmenso de palabras
que han de vestir la fuente
de nuestro lento paso.
La noche es el puñal que corta nuestro aliento
a la mitad del largo viaje
y nos deja sin voz
y sin amarres: abandonados en el vue'
huérfanos de quietud y semejanza,
anidando en el puro movimiento
de esta inmensa aventura inacaba.*

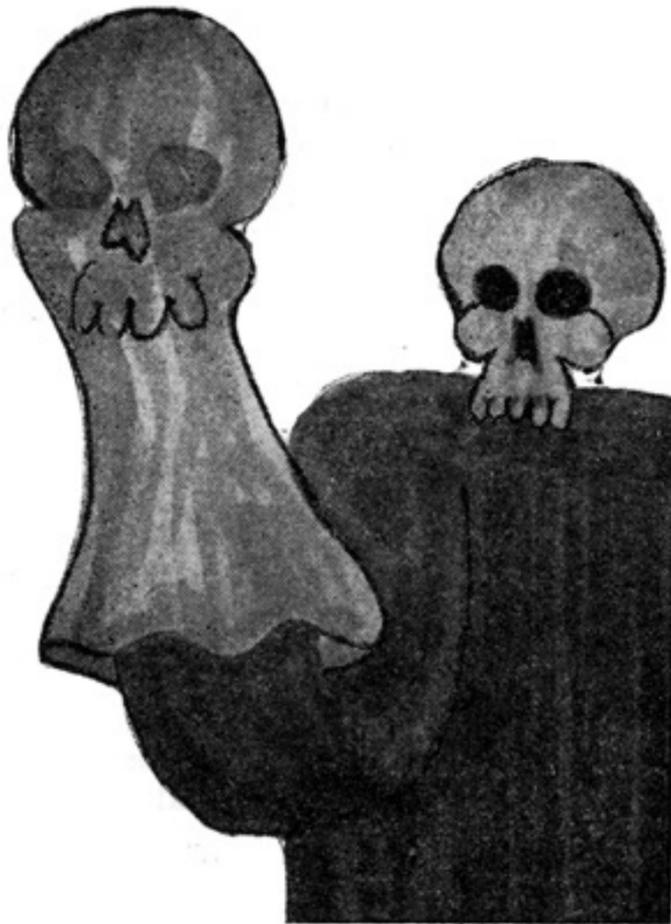
II

Pero qué vibración:

*anclado al fin el pie a su nombre,
se alza en el ser la llama de metal,
la columna de sangre, y su ramaje,
la pupila fugaz (ya que las cosas
permanecen y son fugacidad);
el recipiente ambiguo, el ojo humano,
ha de ser instantáneo y destelleante,
ala irrecuperable, hisopo repentino.*

*Pero qué vibración: crece en el ser
un ansia, una canción de humo,
un castillo de agua. Crece en el ser
la noche, el vasallaje de la noche,
la ruptura: el pulso afila un himno,
levanta entre el follaje
del confuso crepúsculo
la ofrenda. Alza*

*bajo el hilo del tiempo circular
la nave fiel de múltiples umbrales,
el confín enjoyado, el límite febril
en donde piel y sangre, voz, palabra
y aliento se dan cita
y confirman
el instante caudal
del infinito encuentro.*





Poemas

Héctor Olea Galaviz / Escuela Nacional de Arquitectura

PIÑATUD

estamos para hacer ver
los retoques
de la grieta . . .

Por una rajada
nos enjuician.
Los labios de la herida
se cierran
a tientas.

En el mercado
—en el tianguis mestizo—
TEPALCATE TIZNADO es la brigada.

queremos deletrear
el silencio
e-s-t-e-n-t-ó-r-e-o . . .

Decifrar sus matices:
Mercancías
de once en cada cuarto.
Cobijar con periódicos
—que se agitan—
porque es “papel de China”.
¡Ya llegan . . . !

la estampida.

venimos a aplacar una risa
eyaculada por contagio . . .

El mechón de un crisantemo
desparpaja el secreto de Medusa.
Ora pro nobis

advirtió garrotazos.
Nos rompieron la boca de los cántaros.
El ixtle ————— trenzado

exhibió
exhausto
el
cuerpo.

Los pedazos rebeldes
de la harapienta jarra,
nos arrinconamos.

Nos envalentonamos contra el frío
y nos amotinamos.

gritábamos la herencia
porque
una muralla es tramoya . . .

Vociferamos durante años
hacia adentro.

En la voz
baja de los jayes!

En el bote
—coladera de luz—,

goteamos el barro
con hebras

que no querían dejarnos.

Nos dolimos
de los hombres.

Y lo hicimos
porque se es piñata
una vez en la vida.

dejó de ser anual
la angustia,
deja de ser angustia
y nos deja ser.

sus ropas Desabrocha el lenguaje.

Se desnuda.
Es
el
uno
conmigo.

Me cristaliza.
Me obsidianiza.

PLANETA URBANA

En Tenochtitlan la nueva,
peinan herrumbe
doce mil azoteas
con cabellos de acero.
Mi barrio anodino
Se prende con peinetas
que invitan
 a beber
 o a fumar,
y pocas veces
ofrecen un pan,
 para pan . . .
 pan . . .
 pan . . .

PALABRAS POR DENTRO

(3 poemas a Josefina)

porque ahora
 los frutos,
dejamos el árbol
para madurar
en la plaza.
 Magullados.

—La primera palabra: ENTREGA—

Oculto.
 ante el horizonte de tus hombros
 ámbar.
Después de tu tolerancia,
—erupción de vértice—
dirigida
 A NADIE.
 El paisaje
 negando todo.
Voz y silencio
—ahogados—
evaporan arena de dunas
 en tu piel,

DE NADIE.

Porque etéreo.
NADIE se mimetiza en mí,
espejismo de túnel
en tus poros.
Ahí,

donde renaceré

CONTIGO.

Desde venir,

Oculto.

—La segunda palabra: EN TIERRA—
Ajada y caballona

ESPAÑA.

¡Ya pasas de los treinta...!

Y seguirás

vistiendo

santos,

mientras el viejo

no muera.

—La tercera palabra: DE LA MATERNIDAD—

MATRIOSHKA,

la encina y hueca.
Circunnavego el tallo
rescatando sombras.
Mar adentro
de ti misma.

NACE la flor-celofán
—astilla transparente—
hincada

en palma de briznas.

Porque tus ramas
me indicaron

el olor de la vida

—travesía inhalatoria

a través de las cosas—

Sobre el talle grueso.

ENCINTA.

Y MUÑECAS,

los niños
de sueño al papalote.
Y gravita el cansancio,
palomilla de luz
hacia la esfera.

GERMINA la fisura al tiesto,
desde sí.

Desde partir
el barco

de tu astillero y vientre.

Siga el formón de los dedos

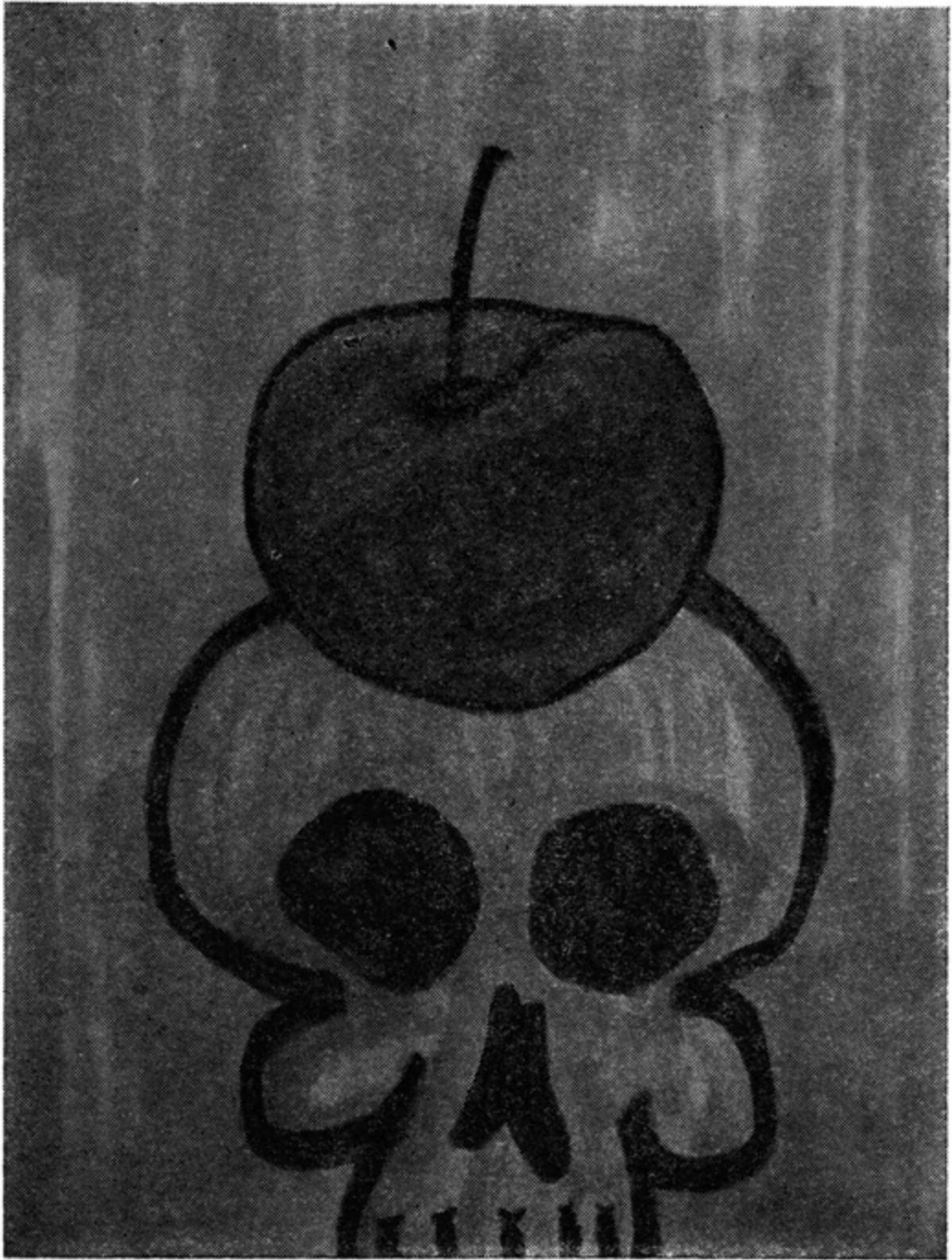
rozando el cutis. Madera:

Nueva mujer

como la ría.

Al esculpirte,

DE UNA ASTILLA.



CONTRAPUNTO

De tres movimientos
OP. 68 y 69

Mi nombre es ARCE.
LIBER ARCE.

Velo;
blanca rada
de demandas.
Encerraste mi vuelo larval
en tu Venus
—dársena sin brazos—,
porque "El Cerro"
no llegó a pensionarse.

En la tina,
fui mojado de lluvia
por un cuento sin nubes.
De orientales.
Y la madera hizo agua
y pompas de jabón,
gritando: "¡El treintaicuatro!"

Antes de bajar
mi padre desató su lazo
y me lo puso.
Una corbata.
Ancha
como la lengua del perro,
que arredró la sed
de mi cansancio verde.
Verde lejos
el velero.
Apagó su cigarro
el Faro
y se dejó venir.
Cinta y nudo
Se aferraron
a las
manecillas del viaje.
Y partí como vine
nada más que sin alas.
—y silencio—

.....

Me llamo, Jan
el anabaptista.

Vivo en el límite de un bosque
—petrificado y gótico—
de olor a pátina.

El Vl'tava
comenta en el salto
su tropiezo.

Hoy que hace frío
se puso un abrigo blanco,
y ya no canta.

La parálisis
de tío Wences
denunció el movimiento:
La palabra.

Yelena:

Tu orgasmo
fue con mi angustia.

Casi siempre.

Y pocas veces, anduvo
mi vaguedad contigo.

Tus uñas chatas
me escarbaron así.

La voz.

Del río,
una caída
manifiesta
el acento.

¿ENERGÍA?

¡Tengo que serlo!
... y derretirlo.

—Tycho—

.....

A mí me dicen,
EL MARTILLO

Colgado
con orejas de fierro,
sobre un autobús urbano
que platica
de algo más que su ruta.
y el asfalto.

Esto es el escape.
De Occidente, razón.
Y de la máquina.

La plaza
criticó la estrechez
y el tendedero:
"... 28 viviendas con un patio ..."
¿A qué le llaman vivir?

Desclavaré una flor
de papel.
Para este móvil
Oeste.

Las persianas cayeron
achurando la vista
—Ventanas y más ventanas
del panal sin macetas—

Un Poniente,
nos humearon con ocote
para desalojar la colmena.

Mira, segadora de azúcar
con mis letras:
TEZCATLIPOCA
—el espejo negro que humea—
transporta la conciencia
del brazo
y de la mano.
Él sofocó mi destino
en su bolsillo.

Pero no te vayas, CUAUHTÉMOC
—abuelo atardecer—
No nos dejes sin sol.
No nos dejes
—silencio—

Tanto en la niña
el santo,
desenterró a la piña.
Cirio y sentido ————— hacia afuera.
Cempasúchil de crolán
y olán de cera.
Muera . . .
Y habla. Y muerte
en un círculo.

ESPIRAL.
Lengua motriz gira
del nuevo impulso, Hay vida y gira.
Uno.
Me aúno en tu matraz
hasta quedar unidos.
Dos.
Si quieres un globo
que se va
y se desinfla,
que estalla
y que se arruga . . .
Llévalo guinda.

Pintarrajean
el aire,
zapatillas de tiza.
Y compases
y tiempos. Bailarina.
Y vida.
Gira.

